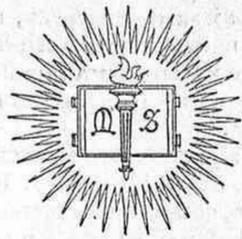


La Ilustración



Artística

Año XXII

← BARCELONA 21 DE SEPTIEMBRE DE 1903 →

Núm. 1.134



Modelo del monumento que se ha de erigir en Lisboa al eminente escritor portugués Eça de Queiroz, obra de Antonio Teixeira Lopes

SUMARIO

Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *La copla del baile* por Félix Limendoux. — *El Rosario monumental de Montserrat*. Segundo misterio de Gloria, por A. García Llansó. — *Soluciones para un drama*, por Ricardo Catarineu. — *Triste remedio*, por Sebastián Gomila. — *Salón de la Sociedad nacional de Bellas Artes de París*, 1903. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Por el amor*, novela original de Pablo Bertnay, con ilustraciones de Marchetti (continuación). — *La escuadra inglesa en Barcelona*.

Grabados. — *Modelo de monumento en Lisboa á Eça de Queiroz*, obra de Antonio Teixeira Lopes. — Dibujo de Medina Vera que ilustra el artículo *La copla del baile*. — *El Rosario monumental de Montserrat*. Segundo misterio de Gloria, proyecto de Buenaventura Bassegoda. — *Relieves del segundo misterio de Gloria*, obra de José Reynés. — *Barcelona*, 1902, cuadro de Ramón Casas. — *Coloquio íntimo*, cuadro de Mlle. M. Membreé. — *Fiesta del lendito ó feria de los pergaminos en Saint-Denis*, pinturas decorativas de J. J. Weerts. — *Un momento de reposo*, cuadro de M. Gordigiani. — *Federico el Grande y su paje*, cuadro de G. Marschall. — *San Francisco de Asís*, cuadro de Mme. M. Duhem. — *Regreso de un enfermo*, cuadro de E. Friant. — *La escuadra inglesa del Mediterráneo en Barcelona* (de fotografías de D. Adolfo Mas). — *Baco*, escultura de Forés.

CRÓNICA DE TEATROS

Entre los asuntos teatrales que estos días trae y lleva la prensa, es, sin duda, el de más interés artístico el que se refiere á si han de representarse ó no en el teatro Español obras extranjeras. Claro es que tratándose de los grandes genios de la Literatura dramática, desde Esquilo hasta Víctor Hugo, el calificativo de extranjero resulta, en cierto modo, impropio. La cualidad distintiva del genio es reflejar en sus obras lo que hay de universal en el alma humana: se halla colocado á tal altura, que el horizonte abarcado por los ojos de su espíritu rebasa con mucho las fronteras de su patria. En tal sentido, Sófocles, Plauto, Molière, Shakespeare, Calderón..., no pueden considerarse como extranjeros en ningún teatro.

Conviene, sin embargo, no perder de vista una observación que no me parece falta de fundamento. ¿Entusiasmaría, ó deleitaría siquiera, al gran público la mayor parte de las obras inmortales de esos grandes genios? ¿Habría espectadores para las *Traquinianas* de Sófocles, para *Las Aves* de Aristófanes ó para el *Anfitrión* de Plauto? Es achaque muy común en los literatos creer que lo que á ellos les deleita ha de encantar á todo el mundo. Error grande. La traducción, por ejemplo, de la tragedia de Esquilo titulada *Los siete contra Tebas*, primorosamente hecha por Menéndez Pelayo, emocionaría representada á unas cuantas docenas de personas de gusto exquisito y de cultura bastante para saborear, si no todas, algunas de las bellezas que se contienen en la célebre tragedia; mas al gran público, á los 1.500 ó 2.000 espectadores de un teatro, les aburriría soberanamente y con razón. El público no está compuesto de literatos (los literatos son los que menos van al teatro), sino de personas de varia condición que asisten al espectáculo con el deseo exclusivo de distraerse, y que no conocen el arte griego, ni la religión, ni las costumbres, ni la civilización helénicas.

Algo de esto, aunque no tanto, acontece con los dramas de Shakespeare. Muchos de ellos, representados íntegramente, fatigarían al espectador, y escenas y frases hay en las obras del gran dramaturgo inglés que sin duda eran muy del gusto de los lacayos de Whit-Friars, que asistían á las representaciones del teatro del Globo, pero que serían de seguro rechazadas por el público español de nuestros días.

De todos modos, como ha dicho recientemente Galdós, el veto puesto por el ayuntamiento de Madrid á los dramaturgos que nacieron fuera de España, no debe rezar con el autor del *Hamlet*. Añade el insigne novelista que no sólo es forzoso autorizar esta excepción, sino «imponer á la empresa que se ponga una obra de Shakespeare todos los años.»

Los teatros del género chico están ya en plena actividad. Apolo, la Zarzuela, el Cómico, la Alhambra, sirven desde hace algunos días á sus favorecedores melodramas comprimidos, tangos, zapateras, chistes (?) y todo lo demás que constituye el encanto de una gran parte del público.

Uno de los más frecuentados es el de la Alhambra ó por otro nombre Moderno, y no porque las piececillas que en él se representan valgan más que las que se ponen en escena en los otros teatros, sino porque en la Alhambra trabaja Loreto Prado, verdadera artista, que en su género nada tiene que envidiar á las más celebradas actrices. Su intuición es realmente maravillosa, su gracia incomparable. De los papeles más absurdos saca ella verdaderos ca-

racteres ó tipos cómicos: lo que el autor no supo imaginar, Loreto lo adivina y lo expresa con admirable acierto. Jamás incurre en lo soez ni en lo chocarrero. Los seres más bajos y más abyectos han sido y son representados todas las noches por Loreto Prado; pero gracias al talento de la actriz, la abyección y la bajeza desaparecen, sin que los personajes pierdan nada de su verosimilitud. Y es que el arte ennoblece y transfigura cuanto toca, y Loreto, aunque pequeña de cuerpo, tiene un alma muy grande de artista.

Cuando hace algunos años se presentó en el teatro de Romea, nadie la conocía. El local era de testable, estrecho, con sólo seis plateas que parecían otros tantos burladeros. El público estaba á la altura del teatro: allí no ponía los pies una señora. Al poco tiempo de trabajar en él Loreto, la sala — de algún modo hay que llamarla — cambió totalmente de aspecto, y á pesar de lo incómodo de las localidades y de lo feo y sórdido del local, á él acudía por admirar y aplaudir á la incomparable artista hasta la gente más encopetada de Madrid. Porque es el caso que la graciosísima actriz tiene tantos admiradores entre la gente aristocrática como entre las clases más humildes del pueblo.

En el teatro de la Princesa trabajará durante la próxima temporada la compañía que dirige Ceferino Palencia y de la cual es alma su esposa María Alvarez Tubau.

Muchas y bien ganadas simpatías tiene la eminente artista. Gracias á ella, el público de Madrid conoce lo más notable del repertorio moderno extranjero. Las heroínas de Dumas, las de Sardou, las de Sudermann, han tenido en María Tubau excelente intérprete. En su repertorio figuran actualmente *Edda Gabler*, de Ibsen; *Resurrección*, de Tolstoy, y *Monna Vanna*, de Meterlinck. De la manera como María Tubau ha encarnado las protagonistas del drama noruego y del drama ruso, representados no ha mucho en la capital de Cataluña, se hicieron lenguas los periódicos de Barcelona.

Ni Ceferino Palencia ni su esposa han desatendido ni desatienden el teatro nacional. Palencia, desde que se dió á conocer con su comedia justamente aplaudida *El guardián de la casa*, no ha dejado de producir obras escénicas tan castizamente españolas como *Cariños que matan*, *La charra*, *Carrera de obstáculos*, *Pepita Tudó*, representadas con éxito excelente en los principales teatros de España y América. Para la temporada que ha de comenzar en octubre tiene preparadas una refundición de la Comedia de Montalván *La doncella de labor* y otra de costumbres aristocráticas que llevará por título *Las comadres*.

El talento que como autor y director de escena posee Palencia y la maestría con que María Tubau sabe dar vida á los más complicados caracteres femeninos, son fundamentos suficientes para augurar á la compañía de la Princesa una brillante temporada.

También promete serlo la del Español, en donde María Guerrero y Fernando Mendoza preparan muchos estrenos y donde se darán al fin y al cabo las conferencias anunciadas el año anterior. Allá en la segunda decena de octubre, el teatro Español, retocado convenientemente y embellecido con varios adornos y mejoras, abrirá sus puertas al público.

Base principal de la vida de este teatro y de los de la Comedia y Princesa serán los días de moda. Desde el punto de vista económico, los días de moda son de gran ventaja para las empresas, puesto que ellos aseguran la existencia de sus respectivos teatros. Para el arte ya es otra cosa. La producción teatral necesita, si ha de ser bien juzgada y apreciada, de un público muy heterogéneo: cuantos más variados elementos entren en la composición del público, mejor. Un conjunto de personas aristocráticas, con iguales gustos y con los mismos prejuicios, no podrá nunca tener la sensibilidad artística ni estar dotada de los órganos, por decirlo así, de percepción estética que una muchedumbre de espectadores compuesta de personas de refinada cultura y de otras de escasa instrucción; de ricos y pobres, de aristócratas y plebeyos. Esta entidad así formada recoge con asombrosa precisión y prontitud lo mismo las delicadezas de sentimiento, que los más sutiles conceptos y que los más vigorosos arranques de la pasión.

Hace algún tiempo, la empresa del Español estableció un día de moda á la semana exclusivamente para estrenos. Cubrióse en seguida dicho abono con lo «más escogido de la sociedad madrileña.» ¿y qué sucedió entonces? Pues sucedió que las obras estrenadas fueron recibidas por el «distinguido senado» con desdeñosa indiferencia, dándose el caso de que

fuese silbado un drama de Shakespeare, traducido y refundido por Sellés.

Además, el público de los días de moda es un público distraído, á quien no le importa un pito el arte y que va al teatro, no por el espectáculo, sino buscando pretexto para sus conversaciones y flirteos.

Y sin embargo, las empresas no pueden prescindir de los días de moda, y ellas y los autores, cambiando un poco la frase de Alcibiades, dicen á ese público fútil y distraído: «No escuches, si no quieres; pero paga.»

Si grande es, como arriba digo, el número de estrenos que se preparan en la Princesa, grandísimo es el de obras nuevas que tiene en cartera el Español. Echegaray ha entregado ó va á entregar dos obras, *La desequilibrada* y *Los dos sindicatos*; Galdós, además de *Mariucha*, dará una comedia titulada *Bárbara*; Benavente otra titulada *El dragón de fuego*; Guimerá *Agua que corre*, estrenada recientemente en Lérida, y *Andrónica*, y los Quintero han leído ya un drama titulado *La zagala*; esto sin contar otra multitud de obras ofrecidas y presentadas por varios autores, que en el caso de ser representadas todas, darían abasto, no para una, sino para dos ó tres temporadas.

Desde hace tiempo veníase anunciando en la prensa la creación de un teatro libre, cuyo objeto no era, como parece indicarlo su nombre, idéntico ni semejante siquiera al del teatro libre de París. Los creadores ó fundadores del teatro libre español proponíanse tan sólo facilitar á los autores noveles el camino de la escena. Para conseguir este fin, cada autor, ó aspirante á autor, había de dar una cantidad, no sé si de cincuenta ó de cien pesetas. El pensamiento marchaba como sobre ruedas, puesto que la empresa ó asociación de dicho teatro contaba ya con el de Eslava, con una nutrida compañía dramático-cómico-lírica y con varias obras, y por consiguiente, con varios accionistas. Hasta se había señalado la fecha de la inauguración.

De repente llega hasta mí la noticia de que todo se lo ha llevado la trampa, de que la compañía se ha disuelto y de que, en una palabra, no habrá teatro libre por ahora.

¿Cuál ha sido la causa de esta *debacle* tan prematura? Lo ignoro. Yo declaro que la idea me parecía de seguro éxito. ¡Hay tantos autores anónimos que por ver representadas sus obras darían, no cien pesetas, sino su propia sangre! Vuelvo á decir que ignoro la causa del fracaso del teatro libre; pero me atrevo á asegurar que no ha sido motivado por los autores.

No solamente están abiertos ya los teatros de género chico; también ha empezado á funcionar en el Lírico una compañía de zarzuela grande. La función inaugural se celebró poniéndose en escena *Jugar con fuego*, que á pesar de lo largo ya de su vida, conserva siempre su lozana juventud. El público numerosísimo que llenaba el teatro saboreó las bellezas del libro de Ventura de la Vega y los primores de la música de Barbieri con el mismo deleite que hubieron de experimentar los que asistieron al estreno de la célebre obra hace la friolera de medio siglo.

Es verdaderamente triste que aquel florecimiento de la zarzuela, que parecía anunciar la pronta y definitiva aparición de la ópera española, se agostara tan pronto, degenerando hasta el punto de producir el montón de obrillas zarzuelescas que hoy invade casi por completo los teatros de España. ¡Qué descenso desde *Jugar con fuego* hasta el *Morrongol*! Y lo extraño es que al público sigue gustándole más aquello que esto. ¿Por qué, tal decadencia, existiendo como existen músicos de talento é inspiración?

Se ha dicho que en el fondo de toda cuestión social hay una causa económica, y lo mismo puede decirse de las cuestiones artísticas. La división del espectáculo teatral en secciones fué un hallazgo para las empresas: hubo, como era natural, muchos más espectadores en condiciones de dar una peseta por ir al teatro, que dispuestos á dar un duro. Fué menester achicar las obras y achicar también el arte. Las zarzuelas en tres ó más actos no servían para el teatro por horas. Autores, músicos y cómicos todos fueron abandonando un género que no daba dinero y que ofrecía muchas más dificultades artísticas que el llamado género chico... Hoy es punto menos que imposible reunir una compañía de zarzuela grande. Y prueba de esto es la que empezó noches pasadas á funcionar en el Lírico.

¿Cómo es posible que para aquellos artistas escriban verdaderos autores? Viéndolos declamar y oyéndolos cantar, me parecía asistir al oficio de difuntos de la zarzuela grande.

ZEDA.



El fuego se había roto al fin y las parejas se lanzaban al baile

LA COPLA DEL BAILE

... El baile era en honor de *Doloricas*. Acudieron de los contornos todas las mozas y los zagales que, en cuatro leguas á la redonda, eran admiradores de su hermosura: la *huerta* enviaba á la fiesta lo más florido de su juventud alegre. En la explanada que hay delante de la casita reuníanse todos conforme llegaban, formando grupos en animado charloteo. Desde aquella altura admirábase el paisaje espléndido de la vega murciana, cruzada en toda su extensión por innumerables acequias y manchada en trozos irregulares por la nota verde de los sembrados, que aparecían como recortados sobre tono cobrizo de la tierra. El corro es grande y en él forma lo *mejorcico* de aquellos contornos: un plantel de *zagalas*, que es una bendición de Dios verlas tan *compuestas*, con sus pañoletas bordadas en colorines vistosos, sus faldas de redondo vuelo y sus típicos peinados; los mozos, con sus monteras de aterciopelada pana ó el levantino sombrero de anchas alas y al hombro la inevitable manta murciana de complicados flecos. *Arriscaos* cada uno con su cada una, cuchichean todos entre sí la misma eterna canción de amores, rimada por las notas alegres y picadas del guitarrillo y sintetizada, de tanto en tanto, en la copla intencionada y breve que lanza al aire un zagal de voz potente, pero con dejos de suavidad y de amargura...

No te empeñes, *zagalico*, en bailar con esa moza porque ya sabemos *toos* que «se entiende y baila sola.»

La copla había cruzado el aire, llegando hasta el sitio donde un corro de zagales asediaba á la *Doloricas* con demandas insistentes de que eligiese pareja. Volvieron ellos la cabeza. Al final de la plazoleta, sentado y solo estaba Ramón. Aquella era la copla que cantaba siempre. En la vega le conocían todos por lo cazurro que

era, lo remolón que resultaba para el trabajo y lo pegadizo que se hacía donde él oliese que pudiera haber jolgorio y baile, cuchipanda y vino. Por estos procedimientos que solía poner en práctica, Ramón había resuelto el problema de vivir sin grandes preocupaciones, como todo aquel á quien no acicatea para nada el amor propio ni sueña con despejar el horizonte de su vida. Para él reducíase todo á trabajar lo menos posible y á divertirse lo más que podía. Casi al mismo tiempo que había lanzado la copla aquella, que cayó como un jarro de agua fría sobre los mozos que asediaban á *Doloricas*, un grupo de zagalas, con risotadas alegres y cogidas todas de la mano, dirigiáse al sitio donde Ramón estaba apartado y solo, sentado en el suelo con las piernas levantadas en ángulo, las manos cruzadas sobre las rodillas y la espalda apoyada en la pared.

- ¿No bailas, Ramón?
- *Enjamás* de la vida.
- ¿Ni con ninguna de nosotras?
- Menos *entavía*.
- ¿Por qué?
- Porque... «yo me entiendo y bailo solo.»

Y siguió tranquilamente chupeteando el cigarro que sostenía entre los labios, como ajeno á cuanto pasaba á su alrededor y dejando vagar la mirada por el paisaje amplísimo de la meseta.

El fuego se había roto al fin y las parejas se lanzaban al baile rivalizando en primores de ejecución. ¡Qué *posturicas* y qué *muanzas*! Parecía como que ellas querían engancharlos á ellos en el revuelo airoso de sus enaguas; pero ellos seguíanlas siempre, escurriéndose con ligereza, arrodillándose y levantándose simultáneamente, copiándoles á ellas todos los movimientos en giros rápidos y acompasados. Y todos jaleaban y alzaban los brazos para palmo-tear, marcando el compás de la música del guitarrillo. Pero ni *Doloricas* ni Ramón bailaban: la una gustaba de hacerse desear por los zagales que la cortejaban; el otro parecía como extraño á la re-

unión, y únicamente daba señales de vida cuando un amigo le alargaba la bota bien repleta de vino, que sostenía empinada largo rato. Aquello repetíase siempre que había fiesta en la casa de *Doloricas*; pero el baile no perdía nunca su animación y su encanto mientras á él acudiese un plantel de *zagalas* y de *mocitos* que era lo mejor de la vega murciana en cuatro leguas á la redonda. La fiesta duraba siempre hasta que la noche había cerrado por completo y las sombras borraban los contornos de los montes lejanos y de los árboles de las laderas. Cuando empezaba el desfile de todos por las *veredicas* que se bifurcaban en distintas direcciones, la casa de *Doloricas* quedaba sola en la cumbre de aquella meseta. Dentro de la casa, la madre de *Doloricas*, baldada y vieja, dormía acurrucada en un rincón bajo las *lejas* atiborradas de platos pintarrajeados de azul y de racimos de naranjas recién cortados. Cuando ya el aire de la noche no traía en sus alas ningún rumor lejano de los grupos de zagales que se perdían en la obscuridad, *Doloricas* dejaba de mirar con ojos escudriñadores y volvía á la plazoleta. Casi simultáneamente, Ramón, cuya silueta apenas se divisaba, levantábase del sitio donde pasó la tarde y acercábase á ella. Comenzaba el idilio bajo la bóveda estrellada del cielo azul.

- ¡Ramón!
- ¡Zagala mía!
- Ya has visto que no he *faltao* á mi palabra: con *naide* bailé.
- Y ¿qué has *perdio* con eso? ¡*Ná!* Vale más que *too* el mundo se crea que no bailamos, porque así no sospechan que nos entendemos.
- Es verdad, Ramón; pero prométeme que desde mañana empezarás á trabajar.
- ¿Trabajar?... ¿Te *paee* que trabajo poco?
- ¿Cómo?
- ¡*Desimulando!*

FÉLIX LIMENDOUX.

(Dibujo de Medina Vera.)

EL ROSARIO MONUMENTAL DE MONTSERRAT

SEGUNDO MISTERIO DE GLORIA

Verdadero gigante de piedra, reúne Montserrat á su aspecto fantástico el interés que inspira para los catalanes un lugar que simboliza las pasadas glorias, las creencias, y asume el concepto de la patria. Aquel monte, baluarte de la independencia y de la fe de nuestros mayores, sirve de motivo á las baladas montañesas, y sus interesantes tradiciones contribuyeron para que al pronunciar su nombre, en los primeros años, adquiriesen áureos matices los sueños de nuestra infantil imaginación, excitando ya en nuestras tiernas almas la idea, aunque vaga, que rodea á todo lo que tiene caracteres de grandeza. Por eso al recordar los hechos portentosos atribuidos á la imagen que se venera en aquel monte hace tantos siglos, ó bien las consejas y tradiciones con que nuestra buena madre, al buscar un medio de agradable entretenimiento, sembraba insensiblemente en nuestro corazón la simiente de las creencias y los conceptos regeneradores del cristianismo, cobran forma las ideas, reviven los personajes y se aproximan los hechos, y así los monjes como los anacoretas, los reyes como los magnates, los héroes de la reconquista como los guerrilleros, aparecen revueltos y confundidos, cual si formaran una aureola brillante, que al servir de espléndida corona á aquella imagen, era un símbolo de la patria, en el que se confundían los tiernos recuerdos de ayer con las gratas esperanzas de lo porvenir.

Cual si la misma naturaleza tratara de complacerse en su obra, colocóla aislada, grande, severa y distinta de los demás montes, para que pudiera destinarse á depósito de cuanto eleva y engrandece al hombre: el amor á Dios y el culto á la patria. De ahí que ya en los primeros tiempos de la reconquista hallaran los guerreros cristianos un baluarte en las fragosidades del monte, construyendo castillos en sus elevadas rocas. Posteriormente caudillos y reyes, magnates y plebeyos, todos, antes de acometer las atrevidas empresas que han ensalzado á Cataluña, subían las escabrosas sendas que conducían al santuario para invocar el favor de la Virgen, ó bien para prosternarse humildes ante ella ofreciéndole las más ricas preseas y los estandartes ganados al enemigo de su religión y de su patria.

En nuestra época no han menguado el fervor que inspira la Virgen ni el cariño que á los amantes del país inspira aquella montaña, que pudiera titularse el corazón de Cataluña. Bajo diversas formas muéstrase de continuo la influencia que ejerce la conjunción de tan nobilísimos ideales. Testimonio de ello son los hermosos y ricos monumentos que, interpretando el proyecto concebido por el ilustre escritor catalán y canónigo de la catedral de Vich D. Jaime Colléll, elévanse en diversos sitios de la montaña. La piedad los ha inspirado y nuestros primeros artistas los han embellecido, creando obras que aplaudirá la posteridad. Entre ellos debe citarse el que simboliza el Segundo Misterio de Gloria, emplazado á corta distancia de la cueva en donde fué hallada la imagen de la Virgen, digno á todas luces del nombre de los artistas que lo han ejecutado y de la generosidad y esplendidez del donante. Afecta la

forma de un gran retablo, en cuyo centro se destaca, en alto relieve, la representación de la Ascensión del Señor, pulcramente ejecutada en mármol de Carrara, obra del distinguido escultor José Reynés, quien ha demostrado una vez más sus aptitudes para el cultivo del gran arte, ya que todas y cada una de las figuras están concebidas y representadas con amplitud y grandiosidad. Encuadra al relieve un á modo de marco de piedra de Montjuich, exornado con motivos ornamentales del propio estilo que caracteriza el monumento, combinados con emblemas religiosos, los escudos de Cataluña y de San Jorge

las tengo. Cuando vuelvas á acusarme de frialdad ó de pereza en restringir nuestra correspondencia, no olvides, pues, que inconscientemente cometerás una injusticia.

Heme al fin en la aldea, cerca de la cual nací, donde viví cuando era niño, de donde salí cuando empezaba á jugar á ser hombre.

Como te dije, con Mercedes vengo. Después de débiles vacilaciones se determinó á que juntos emprendiéramos la travesía y juntos volviéramos á España. Juntos, y solos.

Los temores que te

indiqué van agrandándose. Decididamente, es Mercedes una mujer excepcional. Su intrepidez avalora su mérito. Si esta carta llega, como es de esperar, á tus manos amigas, y tú la lees y luego la rompes ó la guardas tan discretamente como á tu hidalguía corresponde, estaré satisfecho de mí mismo por haber pedido consejo á un hombre leal, por haberme confiado á un caballero digno de juzgarme y de comprenderme en la delicada situación en que estoy. Si la carta se pierde y cae en manos extrañas, será indudable que soy un espíritu ligero, que entrega al papel lo que no debe abandonarse ni á las palabras.

Me conoces y te consta que no soy presuntuoso. Hipócrita, menos aún. ¿Por qué negarlo? Creo que tienes razón; que Mercedes está enamorada, perdona la palabra y substitúyela por otra cualquiera, enamorada..., ó como se diga, de este miserable mortal que no tiene merecimientos ni aspiraciones para tanto.

Cierto que á nuestra edad (como dices muy bien) debe procurarse la felicidad no sólo moviéndose por los impulsos del corazón, sino á la vez por los cálculos del sentido común y por la implacable lógica de los hechos. Mercedes es joven, hermosa, buena, atrayente, y por todas estas bellas cualidades me conviene; es rica además, y por este lado me conviene también. Ni tendría yo que avergonzarme al tomarla por mujer; no sería una compraventa mi matrimonio. Las rentas de que ella disfruta me las debe en gran parte. Sin mis cuidados, sin mi administración, sin mi vigilancia, sin mi solicitud, y con los

peligros que á la fortuna de mi amiga rodearon, si ésta se hubiera abandonado á sus luces y esfuerzos, no ya no habría podido la riqueza cuadruplicarse, sino ni resistir siquiera.

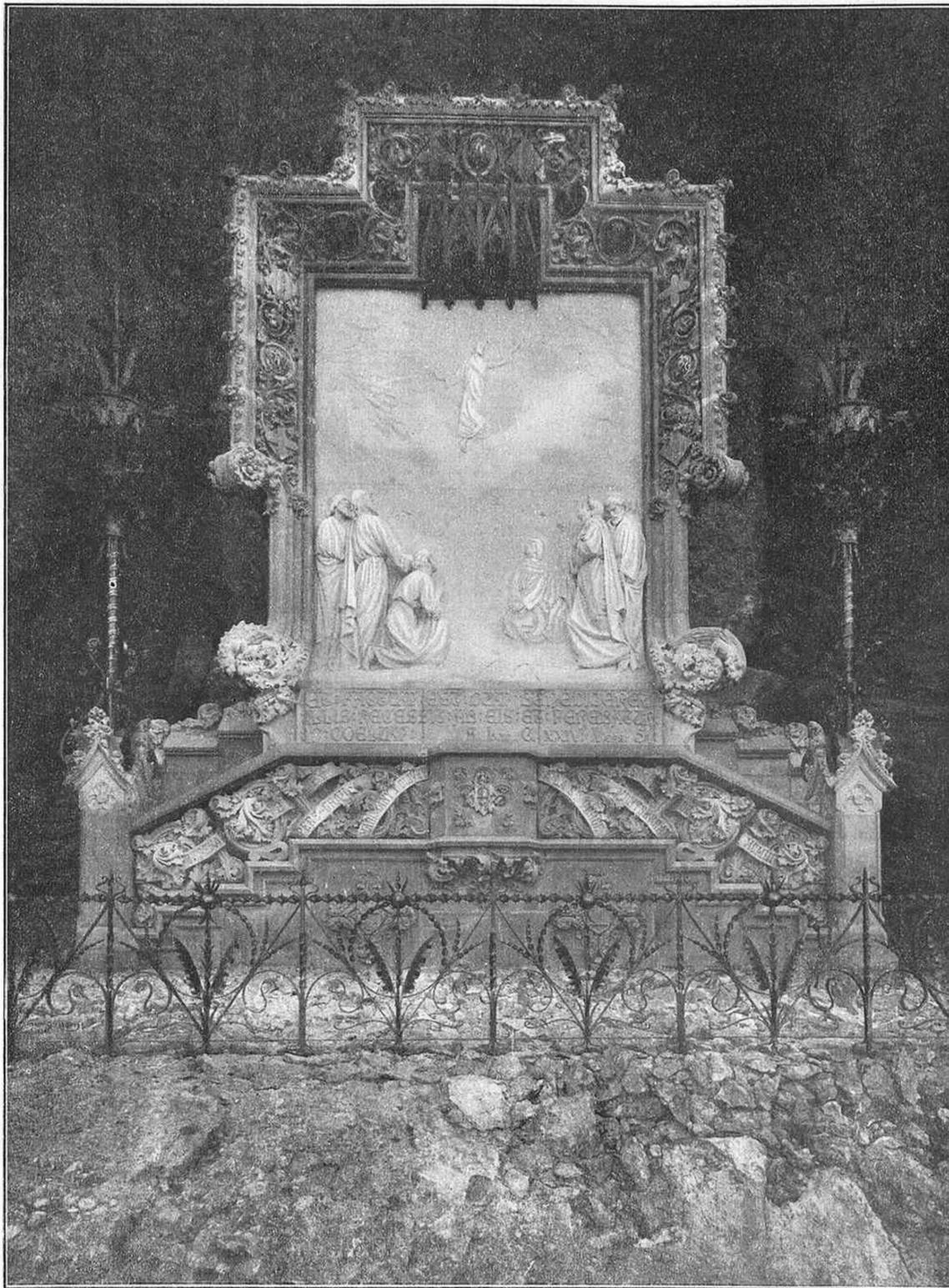
En todos estos razonamientos llevas razón. Mercedes puso el capital y yo el trabajo. La fortuna es, pues, si no tan mía como suya, por lo menos un poquito mía por derecho moral.

Igualmente la razón te asiste cuando me dices que los fantasmas de los muertos no deben alzarse para interrumpir ó evitar la dicha de los vivos. Así, no hay agravio á la memoria del difunto marido de Mercedes en el noble afecto que, desde que aquél murió, á ella y á mí nos liga.

— Si sigues creyendo que Mercedes te quiere, me dirás, ¿por qué no os casáis?

Debí á su marido estimación y protección mientras vivió, un buen legado en su testamento y el cargo de apoderado general, que me da para vivir con cierta seguridad de defensa social y relativa holgura.

Aun así, al casarme con la viuda no creería yo ser un hombre desagradecido.



EL ROSARIO MONUMENTAL DE MONTSERRAT. — SEGUNDO MISTERIO DE GLORIA, proyecto del arquitecto D. Buenaventura Bassegoda, costeado por D. Pedro G. Maristany

y las iniciales de los nombres del donante y de su virtuosa esposa. Una á modo de plataforma con balaustre, que limitan dos tederos de hierro forjado, sirve de base y completa tan hermoso y artístico monumento.

Plácemes merecen el arquitecto D. Buenaventura Bassegoda y el escultor D. José Reynés por la obra realizada, y no menores el Excmo. Sr. D. Pedro G. Maristany, puesto que al dar fehaciente y gallarda muestra de su fervor á la imagen que venera Cataluña y de cariño á la tierra en que nació, ha contribuido con su espléndido presente á que los artistas de valía crearan una obra que á todos enaltece.

A. GARCÍA LLANESÓ.

SOLUCIONES PARA UN DRAMA

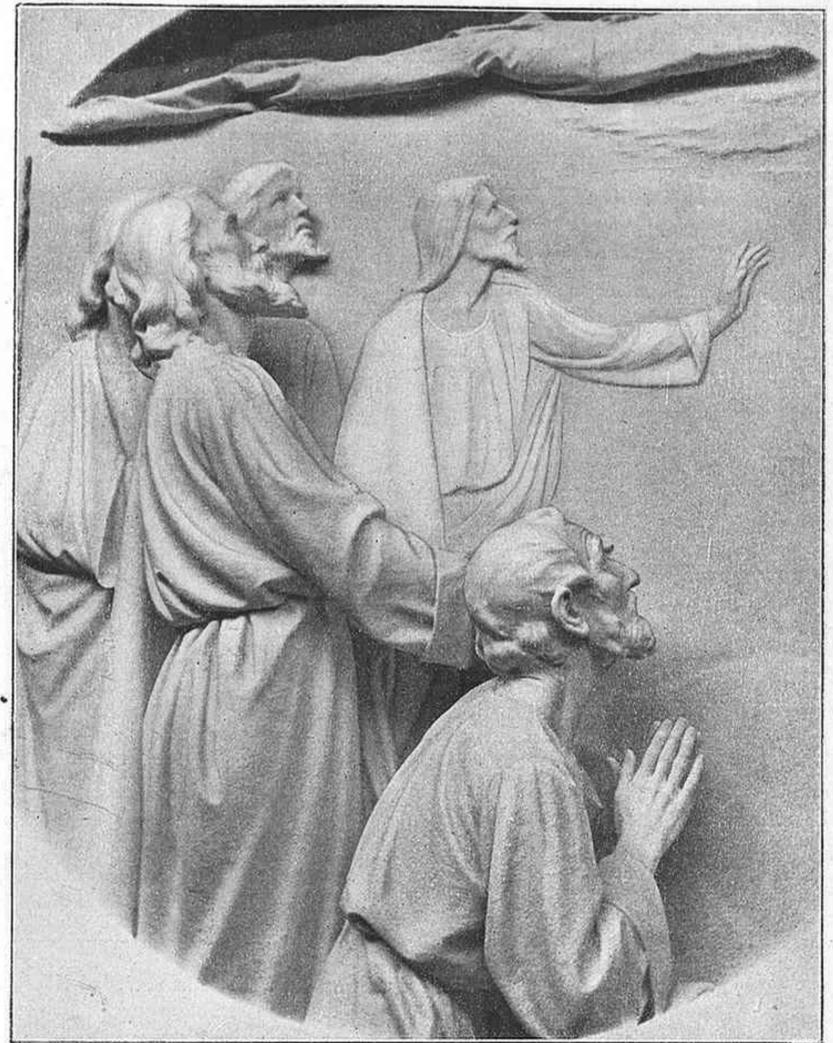
I

Querido Fernando: Eres mi único amigo. Escribirte es ampliar mi alma. Si tengo alegrías ó tristezas, además de para sentir las yo, para confiártelas

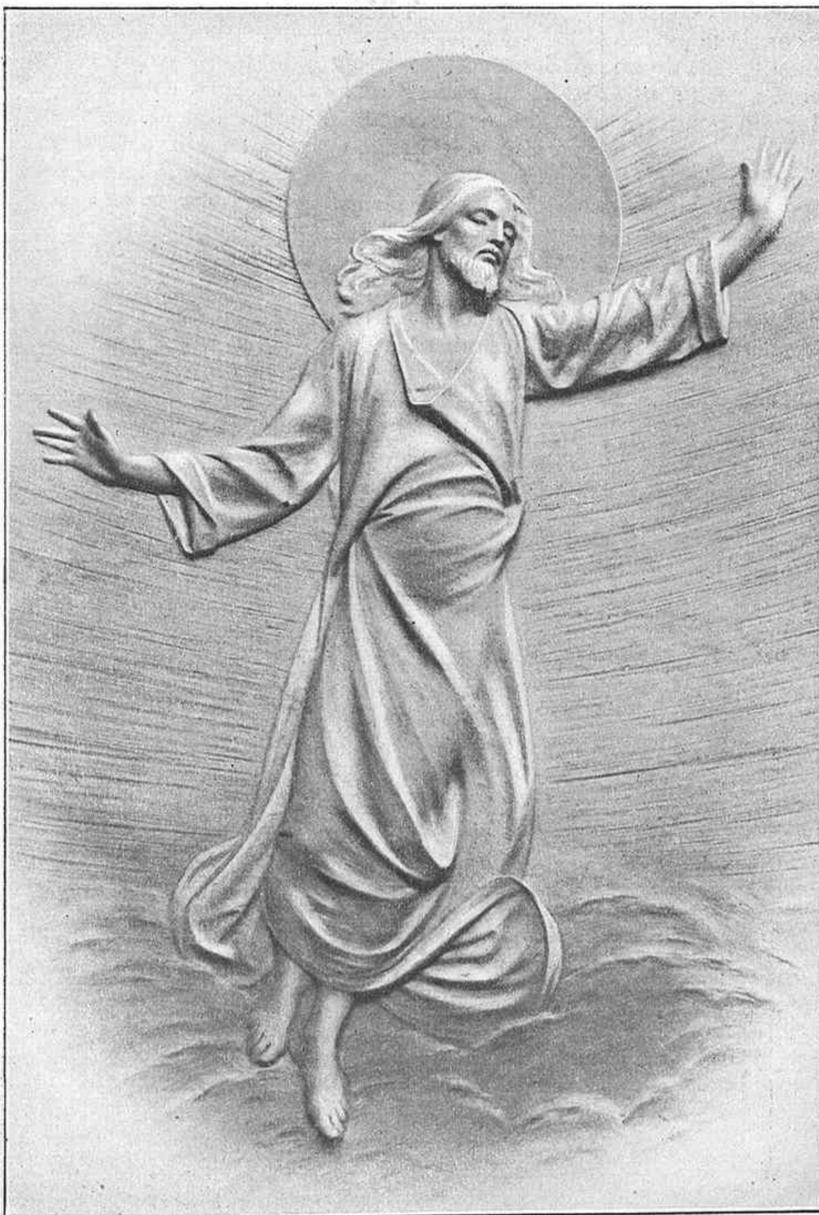
EL ROSARIO MONUMENTAL DE MONTSERRAT



Grupo de Apóstoles



Grupo de Apóstoles



El Redentor ascendiendo á los cielos



Grupo de ángeles

RELIEVES DEL SEGUNDO MISTERIO DE GLORIA, OBRA DEL ESCULTOR JOSÉ REYNÉS

Más hay; veo á Mercedes pálida, enfermiza, como quien siente y calla mucho. Acaso (y perdona la aparente jactancia) habrá en mí hasta algo de piedad casándome con ella.

— Pues cástate, me dirás otra vez, y déjame en paz con dos mil demonios.

huir yo, sólo añadirán que habíamos roto nuestros amores.

Y fuerza es que sepas por mí mismo lo que te habrás figurado ya. Sí, Fernando, yo quiero á otra, á Magdalena, á una pobre costurera de esta aldea. Fué mi primera novia. Enterradas en los hoyitos

El corazón tiene tal falta natural de lógica, que sería peregrina temeridad querer yo meterme á averiguar por qué á Mercedes, siempre perfecta y presente siempre á tus ojos, no aciertas á amarla, y por qué á Magdalena, imperfecta por varios motivos y ausente durante muchos años, la quieres con ardor tan grande.

Lo que sí comprendo es que odies á Andrés. Más lejos voy: aunque Mercedes no te importe (hablo en el terreno del amor), si en vez de cortejar á Magdalena Andrés, fuese á la viuda á quien de enamorar tratara, tú podrías seguir sin querer á Mercedes, pero á Andrés también le odiarías.

Te veo inclinado á armar quimera á tu rival. No lo hagas. ¿Que matas á Andrés? Alzarás más elevada barrera entre Magdalena y tú con su cadáver. ¿Que Andrés te mata? Si ahora tiembles pensando en que has de hacer desgraciada á una de ambas mujeres, dignas de ser felices, entonces habrás causado la desventura de las dos y el mal será doble.

Resolvamos el drama á la moderna: obli-ga á Mercedes á que renuncie á ti, y así te casarás con la otra.

Te abraza — Fernando.

III

Fernando del alma: Tu solución no me parece descabellada, pero sé por experiencia lo que se sufre al ver irrealizable el ensueño, para que á mujer á quien tanto debo y aprecio como á esta noble viuda, quiera someterla á tormento tan grande.

Decididamente me caso con Mercedes, y yo veré si convenzo á Magdalena de que tome por marido á Andrés.

Ya que dos, entre los cuatro, no seamos felices, por lo menos los otros dos lo serán.

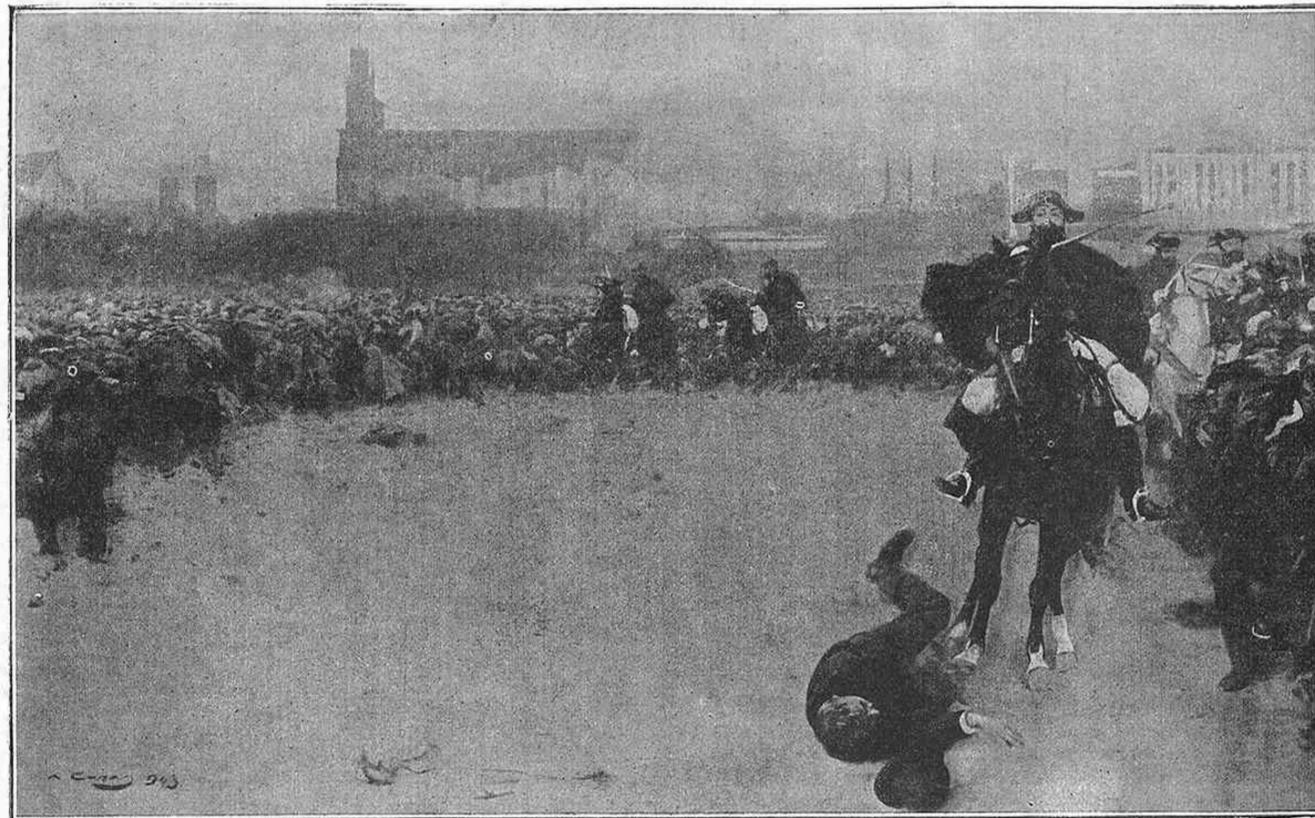
Y tener un ser dichoso al lado, siempre endulza la vida. — Carlos.

Por la copia

RICARDO CATARINEU.

TRISTE REMEDIO

Borrachín lo había sido tanto como trazudo y trabajador el redomado. Lo cual es mucho decir, porque nadie como él podía con el martillo, dale que dale á la barra, cuya calda era siempre un primer, por lo á punto y bien, para que piezas muy difíciles tomaran forma sin discrepar lo más mínimo. Levantarse con el sol, encender la fragua, preparar los hierros, un tirón de orejas al muchacho para que soplara firme el fuelle, y empezar sobre el yunque para no acabar en horas y más horas la tarea, era cosa de todos los días. A él no le fueran con solfas;



BARCELONA, 1902, cuadro de Ramón Casas (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

¡Ay, Fernando! No fuí contigo lo franco y sincero que debí. Se alza entre esta mujer y yo un impedimento que no citan las leyes civiles ni las eclesiásticas, pero que acaso es el más fuerte de todos los habidos y por haber. Mercedes estará enamorada de mí; yo de ella, no.

La veía con todas las perfecciones, con la distinción, con la belleza, con la discreción, con la virtud, con la hermosa realidad avasalladora; y sin embargo, yo cifraba mi ideal en algo más vago y más imperfecto. No era ya que no estaba enamorado de ella. Era algo más grave. Lo estaba de otra. ¿De quién? ¡Ni yo lo sabía! De una desconocida irresistible.

En esta lucha de sentimientos hallábame cuando, realizados los negocios en Cuba y trasladados á nuestro país, se hizo necesario el regreso á España.

Llegamos á esta aldea, compramos una finca y aquí vivimos. Antes traté de disuadir á Mercedes de que viajáramos juntos; jóvenes ambos, mejor que la millonaria y el administrador, pareceríamos dos amantes. Por su buen nombre, y aun por mi propio decoro también, era inconveniente viajar así. Mis razonamientos fueron vanos. Y aun durante la travesía, nuestra amistad podía continuar su engarce sin despertar vergonzosas sospechas; los pasajeros eran aves de paso, y el mar no es chismoso.

Donde se multiplicaban las dificultades era ya en la aldea. Los aldeanos, en esto de la discreción, más que al mar insondable se parecen al arroyuelo murmurador.

Mercedes me dijo lo de siempre: lo importante es ser honrados y no parecerlo, y lo que es despreciable debe despreciarse. ¡Su eterna cantilena! Te digo que no hay modo de separarse de esta mujer.

Llegamos á la aldea, y ocurrió á los dos días un doloroso incidente, no doloroso por la causa, sino por el efecto. Andábamos solos por la huerta. Hay una presa que atraviesa una vereda. Me adelanté y pasé á la otra orilla para darle la mano á Mercedes. Ella fué á saltar, y resbaló con tan mala suerte, que tuve que cogerla por la cintura. Sus rizos tocaron mi frente, su aliento perfumó mi rostro. Sin querer yo, la tuve abrazada un instante, y sin querer ella, prolongó el abrazo algunos segundos más.

Y todo esto, alguien lo vió desde la verja. No sé quién lo vería. Sé que la calumnia anónima no tardó en divulgarse.

Y tanto se esparció la noticia, y revestida con proporciones tales, que anoche Mercedes, mitad en serio, mitad en broma, no dejó de insinuarme el triste papel y la comprometida situación en que á mi lado se halla sin culpa de ella ni mía.

— Me iré, le dije.

— ¡Vaya un modo de remediar el mal!

Es verdad. Ahora dirán que somos amantes. Al

de su cara quedaron mis primeras y últimas ilusiones.

La «desconocida irresistible,» que me atraía sin nombre y sin forma en tantos años de ausencia, ella era.

No la recordaba concretamente hasta que he vuelto á verla. Es linda y garrida, ingenua y modesta. En su belleza, en su porte, en sus modales, en todo lo suyo hay algo imperfecto, pero con la imperfección que trae á mi memoria los años felices de mi infancia, en que yo valía y sabía menos, pero sentía y vivía más, á pleno aire, á plena luz, sin honduras, sin preocupaciones.

Queríamos á Magdalena dos chicuelos: Andrés y yo. Ella optó por mí, fué leal y constante conmigo, y cuando salí de aquí juramos seguir pensando el uno en el otro. Yo fuí débil y no cumplí la promesa. Ella sí, según todas las trazas. Y cuenta que Andrés, hombre obscuro y tortuoso, ha seguido acechándola sin descanso, como combatiendo mi recuerdo confiado en mi ausencia, como ofendiéndome sin decirlo, sin oír nadie á ella que continuaba esperándome, sin oír nadie á él que sentía celos del ausente.

Te lo juro, y Dios me perdone; yo podría sacrificarme casándome con Mercedes y abandonando á Magdalena, pero... matando antes á Andrés.

Y como me he puesto muy dramático, hago aquí punto por hoy para no alterarte los nervios.

Tuyo
Carlos.

II

Querido Carlos: Hay dramas y comedias con menores conflictos que esos que te ha proporcionado la realidad.

llamados al trabajo, no responder es la necesidad mayor del mundo. Cuando algún que otro compadre



COLOQUIO ÍNTIMO, cuadro de Mlle. M. Membrée (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

hablábale de emancipaciones y garambainas por el estilo, solía decir por vía de réplica que cortaba el intento:

— Esas son tontunas. Tengo mujer y tengo hija que este mi sudor reclaman. ¿Fijarme á mí horas de trabajo? ¿A cuento de qué?.. Treinta tuviera el día, y con seis no más para el descanso, trabajara yo en las restantes.

Al hablar así, solía arremangar instintivamente el brazo, estirándolo, como dando la pinta de su resistencia y brío. Aquel miembro nervudo, de color moreno, aterciopelado como quien dice por una felpa velluda tirando á rojo, era un signo de traza y vigor cual pocos.

Y tenía razón, hablaba como sentía. Padrazo como él y marido humilde, no se encontrarán muchos. ¡Ya lo creo que tremolaba el hierro, y resollaba el soplete, y resonaba el acero cuando al quehacer

En uno de ellos fué que se cortó de golpe la afición con lo siguiente:

Hubo de salir la mujer á unos recados, no sin advertir y obtener del cónyuge una formal promesa de continencia y seriedad. Pero verse solo y cosquillearle en el paladar el sabor del *cariñena* fué todo uno. ¿Iba á delinquir por apurar unas copas?.. Y entre querer y no querer, abstenerse y decidirse, pasó un buen rato; hasta que mandó á la chiquitina por un litro, cantidad escasa y con la cual juzgó no pecar ni caer en perjurio. Se atrevía él con más; pero lo prometido era deuda: nada de exceso. La niña pareció resistirse, porque no en vano oyera al dos por tres las zaragatas por causa idéntica; mas obedeció medio á la fuerza, y en parte acaramelada por los cariñitos de su padre, ni muy usuales ni siempre en grupo.

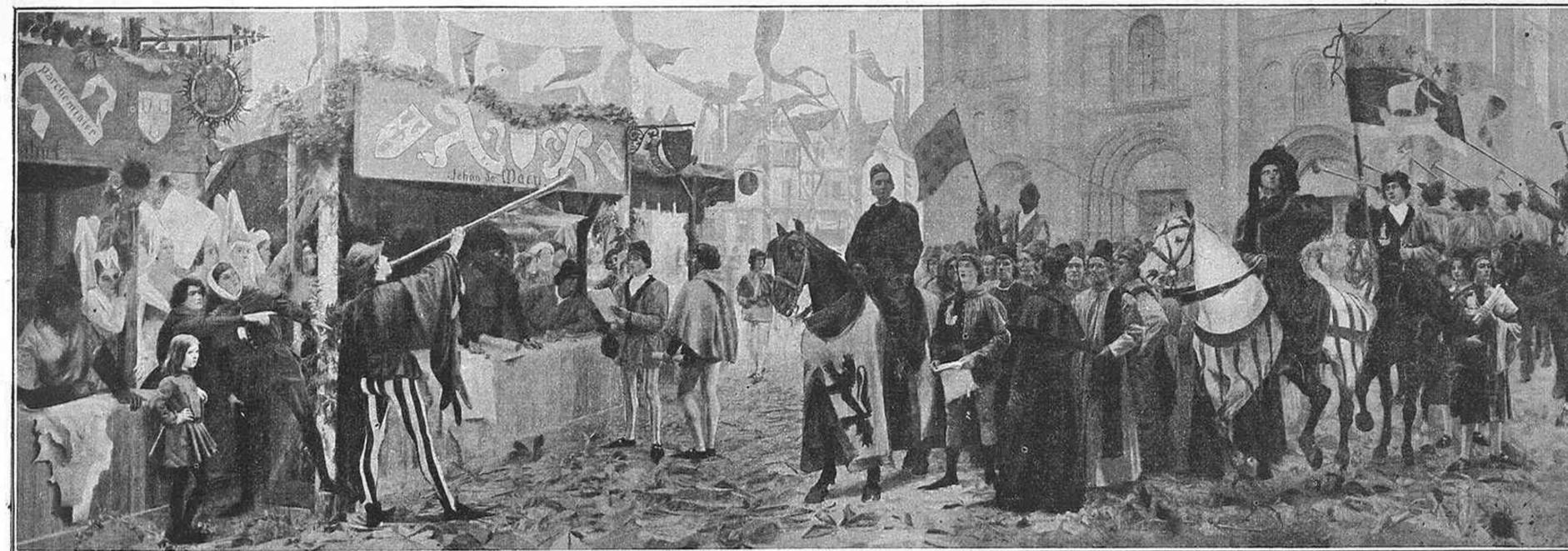
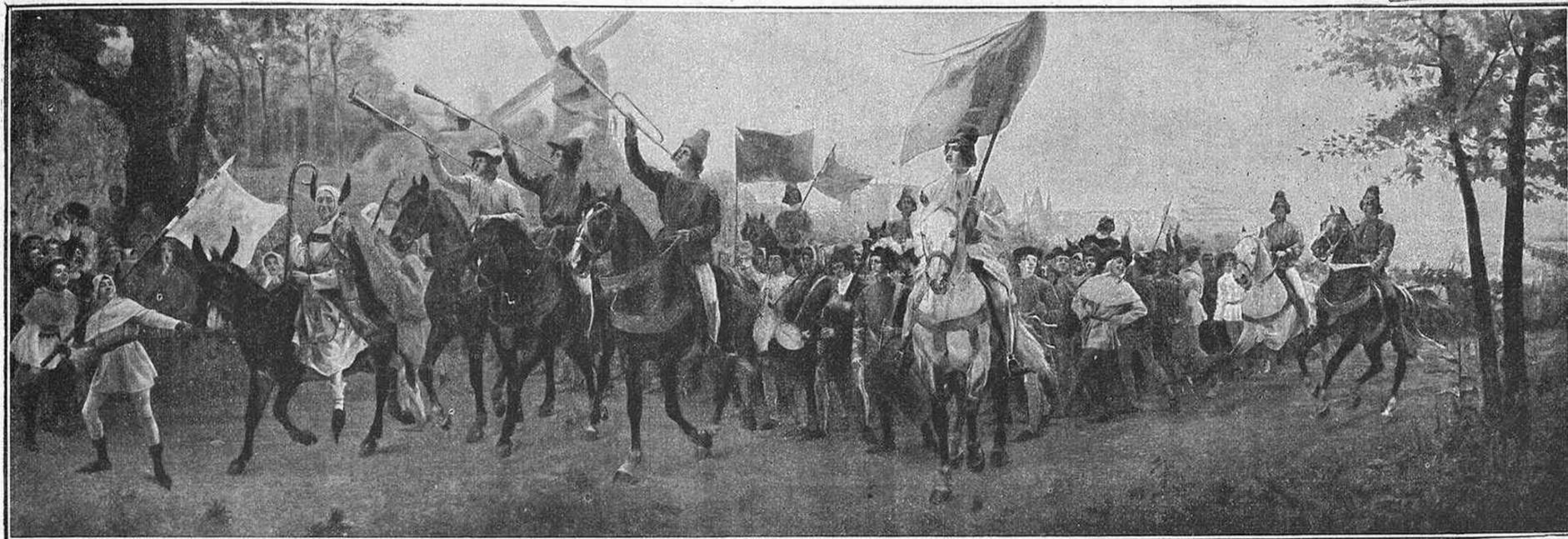
No era mucha la ración en consonancia con la

tido. A sus pies, la botella rota en cien pedazos y el vino desparramado por el suelo.

La madre llegó á los pocos instantes, y su dolor no tuvo más límite que el coraje al entrar en la habitación con su hija ensangrentada en brazos y ver á aquel padre imbecil sentado en una silla, inclinado el busto hacia la mesa, amodorrado, baboso, incapaz... Todo lo comprendió en el acto.

No estaba muerta la niña, pero no vivió más que un mes. El golpe afectó á los sesos... y también el vino. Cuando el cuitado se dió cuenta de la desgracia, el dolor allá se fué con la vergüenza. Entonces sí que juró por la salvación de su alma y luego por el cadáver de aquel angelito, que nunca jamás volvería á reincidir.

Y desde entonces, cada fiesta de guardar parece un aniversario triste; se llora en el hogar más que se bebe, los hipos son suspiros; y el pasacalle del



FIESTA DEL LENDITO Ó FERIA DE LOS PERGAMINOS EN SAINT-DENIS, SIGLO XV, pinturas decorativas de J. J. Weerts, para la gran galería del patio de honor de la Nueva Sorbona (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

acompañaba, con la idea de la labor, ora el intento de comprarle á la esposa una presea, ora el plan de endomingar á la pequeña que diera envidia. Así el hogar hubiera sido un paraíso, á no haber un punto, uno solo, que sombreaba tanta bondad y delicia tanta: aquel que hemos dicho al comienzo, la maldita afición al mosto, que alternaba con la que le tenía á la forja. Causa, y grave, de las únicas tremolinas en el matrimonio; porque la mujer extremaba el imperio, por lo mismo que veía el amor de un lado, y de otro la necesidad de afear tamaño vicio. Sin éste, á espuestas hubiera podido entrar el oro en aquella casuca, un verdadero nido. Y aquel hombre, todo energía y robustez, se amilanaba como un cachorro cada vez que oía una catilinaria de aquella boca querida, mientras se esforzaba vanamente en disimular una falta de equilibrio que era un dolor.

El propósito de enmendarse lo recaló muchas veces, y si no triunfó del todo en algún tiempo, parte hubo al menos de cordura y privación; el empinar el codo era ya únicamente cosa de los días de asueto, y aun así no toleraba la esposa aquella manera de santificar las fiestas. De modo que salían puede decirse á pelotera por domingo.

costumbre, y menos habiendo en cuenta que la rapaza, hostigada por el propio autor de sus días en una de expansión y holgorio que era un encanto, probó del tinto también y hasta con gusto. Vaciar la botella, besuquearse entrambos y mirarse un sí es no es alegres y comunicativos, fué todo igual. Sin embargo, parecía no atreverse el hombre y adivinar la niña el propósito. Por fin exclamó el primero:

— ¡Qué rico es! ¡Añejo y de fuerza, córcholis!.. ¿No beberías tú más, chiquilla?..

— No, padre..., que hace *pupa*..., ya lo sabes por madre, que regaña...

— ¡Anda, tonta..., que te den otro medio litro no más! Eso *entona* el cuerpo...

— Que no, que no, hacía la *chica* entre enfurruñada y risueña, coloreándosele las mejillas, efecto de la libación y del recelo á la vez.

Al fin era padre, y no de los que aguantan rebeldías; por lo que la negativa avivó el mandato. Item más, los vapores del mosto empezaban á obrar sin duda y contribuyeron no poco. La chiquilla fué por más vino. Al volver ocurrió la desgracia... Un tropezón, rodar por el suelo cuando entraba en el portal, dar de cabeza contra un canto y quedar sin sen-

forjador una caminata al campo santo, donde al pie de una cruz renueva el juramento, sintiendo el amargor de un remedio harto cruel para curar un vicio.

SEBASTIÁN GOMILA.

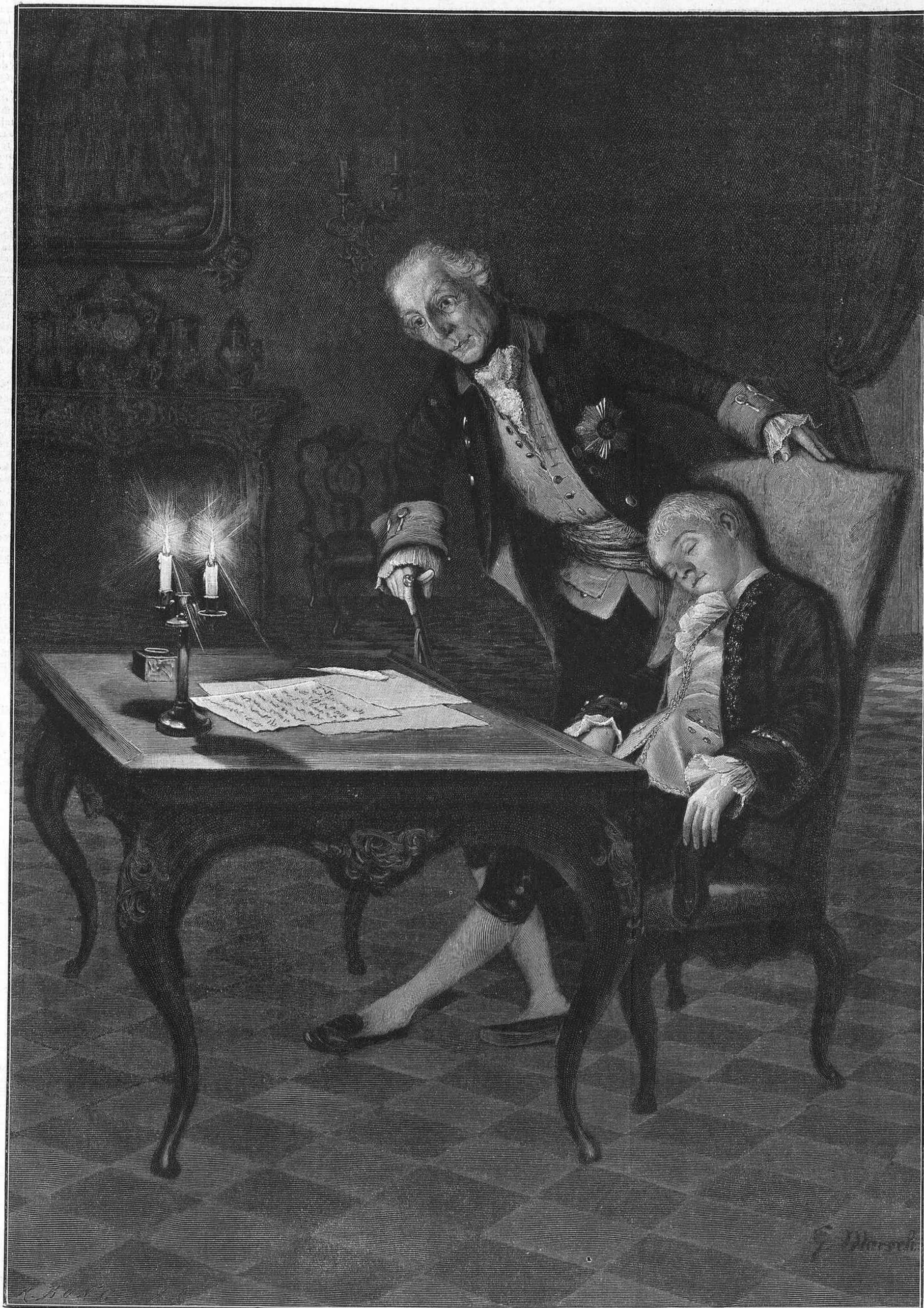
SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL

DE BELLAS ARTES DE PARÍS, 1903

BARCELONA, 1902, cuadro de *Ramón Casas*. — De triste memoria será durante mucho tiempo para todos los barceloneses el recuerdo de la huelga general de 1902, que por unos días convirtió en población muerta nuestra capital, paralizándolo en absoluto el movimiento que le da vida y que ha hecho de ella una de las principales ciudades de Europa. ¡Cuántas familias lloran todavía las consecuencias de aquella luctuosa jornada! En uno de sus episodios se ha inspirado nuestro querido amigo, el renombrado pintor Ramón Casas, para el hermoso cuadro que tanto llamó la atención en el último Salón de París y cuyo mejor elogio queda hecho diciendo que es digno de figurar al lado de los mejores que de su pincel han salido: la muchedumbre que en confuso tropel huye de la carga de los guardias civiles, está tratada admirablemente, se la ve correr desatentada, y hasta nos parece escuchar las voces, los gritos, los alaridos en que prorrumpe; pocos igualan á Casas en el arte de agrupar y mover esas masas de manera que pro-



UN MOMENTO DE REPOSO, cuadro de M. Gordigiani



FEDERICO EL GRANDE Y SU PAJE, cuadro de G. Marschall

duzcan toda la impresión de la realidad. El fondo envuelto en la bruma es también de un efecto sorprendente, y no menos admirables son los detalles, como el guardia del primer término y la figura del infeliz que yace en el suelo, tal vez mortalmente herido.

COLOQUIO ÍNTIMO, cuadro de Mlle. M. Membrée. — ¿Qué se dirán? No es difícil adivinarlo: basta mirar la expresión que anima sus agraciados rostros para comprender que se trata de mutuas confidencias amorosas. Las dos están en la edad de las ilusiones, ambas han sido favorecidas por la naturaleza con encantos que avaloran los ya propios de la juventud, ¿cómo, pues, no ha de haber hecho presa en sus corazones el dios ciego, encadenándolos a otros corazones que por ellas suspiran? Y siendo esto así, ¿de qué otra cosa que de sus amores pueden hablar ese par de amigas? Hay en este cuadro, como nota más saliente, un sentimiento exquisito, una delicadeza que claramente descubren la mano de una mujer, pues sólo un alma femenina es capaz de percibir y dar luego forma a esas delicadezas que constituyen el principal encanto de obras del género de *Coloquio íntimo*.

LA FERIA DEL LENDITO EN EL SIGLO XV, pinturas decorativas de J. J. Weerts. — Era esta la más antigua y una de las más importantes ferias parisienses y se celebraba en la llanura de Saint-Denis desde el día 11 al 24 de junio. Aunque en ella se verificaban transacciones de todas clases, la principal era la venta de pergaminos; de aquí que fuese especialmente una fiesta para estudiantes y curiales. El Parlamento y la Universidad tenían aquellos días vacaciones a fin de concurrir a la feria, lo que hacían en corporación y con cierta solemnidad, y en virtud de antiguos privilegios, el rector, acompañado de cuatro pergamínos jurados, acudía cada año a percibir un derecho sobre todo el pergamino que se vendía y a hacer, al propio tiempo, provisión para todos los colegios, estándoles prohibido a los mercaderes, bajo severas penas, ejercer su comercio antes de que la Universidad hubiese adquirido su parte. En la mañana del primer día, se reunían los estudiantes en la plaza de Santa Genoveva, la mayoría de ellos a caballo y armados de espadas y bastones, y dirigidos por sus regentes y divididos en secciones, atravesaban a tambor batiente y con banderas desplegadas toda la ciudad y se encaminaban, entre grandes aclamaciones, al lugar en que se celebraba el lendito. En este asunto están inspiradas las dos pinturas de Weerts destinadas a la nueva Sorbona: una y otra composiciones responden perfectamente a la índole del tema, y aparte de sus indiscutibles méritos técnicos, son dignas de admiración por el carácter de la época que el pintor ha sabido imprimirles, así en punto a indumentaria y en los detalles decorativos y arquitectónicos, como en el ambiente general que en ambos lienzos se respira.



REGRESO DE UN ENTIERRO, cuadro de E. Friant. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903.)

SAN FRANCISCO DE ASÍS, cuadro de Mme. M. Duhem. — En el número 1.130 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al ocuparnos del tríptico de L. Frederic, expuesto también en el último Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, expusimos algunos datos acerca de la vida del Santo de Asís, de quien refiere la tradición que entendía el lenguaje de los animales y hablaba con ellos. Este asunto, en el que se inspiró el citado pintor, ha servido asimismo de tema a Mme. Duhem, la cual ha sabido tratarlo con laudable acierto, trazando con gran sobriedad la noble figura de San Francisco en el acto de hablar con los pájaros y pintando con entonación apropiada el desierto en que pasó aquél la mayor parte de su existencia. — S.

NUESTROS GRABADOS

Monumento a Eça de Queiroz, obra de Antonio Ferreira Lopes. — Lisboa se dispone a honrar la memoria del gran escritor portugués de quien se ha dicho que fué

no sólo el mejor novelista de la península ibérica, sino además un humorista que puede colocarse entre la media docena de escritores europeos que dicen, burla burlando, las grandes verdades y arrancan los grandes secretos al alma del hombre. Para ello inaugurará en breve el monumento que en este número reproducimos, y que así por la idea fundamental que en su composición preside, como por su primorosa ejecución, merece figurar entre las mejores obras modernas que en su género



SAN FRANCISCO DE ASÍS, cuadro de Mme. M. Duhem (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1903)

se han producido. El escultor, tomando pie de la divisa de Eça de Queiroz «Sobre la vigorosa desnudez de la Verdad el manto diáfano de la Fantasía,» ha modelado un grupo de sin igual belleza, que cautiva por la pureza de líneas, por la elegancia del contorno, por la armonía del conjunto y por la hábil combinación de los principios clásicos con las tendencias de la plástica en nuestros días. El autor de este monumento, el renombrado artista portugués Ferreira Lopes, nació en Villa Nova de Gaya en 1866, y desde 1885 a 1894 estudió en París con Barrias y Cavalier, concurriendo al Salón casi todos los años y obteniendo una mención honorífica en el de 1889 y una medalla de oro en el de 1890. En la Exposición Universal de 1900 obtuvo un gran premio y además fué condecorado con la cruz de la Legión de Honor. Sus principales obras son *La viuda*, grupo en mármol que actualmente está en el museo de Lisboa; *La infancia de Cain*, que se encuentra en el museo de Oporto; el monumento funerario del ilustre escritor portugués Oliveira Martins; una estatua de Santa Isabel en madera, en cargo de la reina doña Amelia de Portugal, y otras varias que sería prolijo enumerar. En la actualidad es profesor de la Escuela de Bellas Artes de Oporto, y con razón se le considera como uno de los primeros artistas de su patria, no siendo menos celebrado su nombre en el extranjero.

Un momento de reposo, cuadro de M. Gordigiani. — A poco que nos fijemos en esa bellísima figura, observaremos que no hay en ella nada que indique cansancio, por lo menos cansancio físico, y por ende necesidad de reposo material; más bien parece vencida por cierta indolencia ó tal vez por una lasitud del espíritu, es decir, por uno de esos estados de ánimo en que el cuerpo, sin haberse fatigado, busca el descanso y halla en él tanto deleite como si acabara de realizar grandes esfuerzos. Pero dejando a un lado estas consideraciones, hijas de una duda que sólo el pintor podría aclarar, confesemos que la obra de Gordigiani llena cumplidamente los fines del arte haciéndonos sentir esa emoción estética que en nosotros despierta la contemplación de lo bello; y esta belleza la encontramos en la linda cara de la muchacha, en la expresión dulce de sus rasgados ojos y de su boca deliciosa, en la gracia de su tocado y de su traje, y en la sencillez y naturalidad de su actitud, formando todo ello un conjunto altamente encantador.

Federico el Grande y su paje, cuadro de G. Marschall. — Cuéntase que habiendo un día Federico el Grande de Prusia llamado desde su cuarto sin que nadie le contestara, abrió la puerta de su antecámara y encontró en ésta a su paje dormido delante de una mesa sobre la cual había un papel escrito. Excitada su curiosidad, leyó el papel y vió que era una carta del muchacho a su madre enviándole la mayor parte de su paga y lamentándose de no poder hacer más por ella, ya que sus emolumentos no correspondían a lo que su voluntad habría deseado. El rey, encantado de la conducta del paje, introdujo en el bolsillo de éste un cartucho de ducados, y volviendo a su estancia llamó de nuevo con más fuerza; el pajecillo despertó sobresaltado y corrió a ver qué quería el soberano. «Veo que te habías dormido,» le dijo éste; el muchacho trató de disculparse, pero sintiendo un peso en la faltriquera, metió en ella la mano y al tocar el dinero que había puesto el rey, palideció, echóse a temblar y no pudo articular una palabra. «¿Qué te pasa?» le preguntó Federico. «Señor, respondió el paje, alguien quiere perderme, y os juro que no sé de dónde procede este oro que aquí me encuentro.» «Envíalo a tu madre, repuso el monarca, y dile que en lo sucesivo yo cuidaré de ella y de ti.» En este episodio de la vida del gran rey está inspirado el cuadro de Marschall, que forma parte de una serie de lienzos en que aparecen pintados con gran acierto otros muchos hechos de la historia de Federico II.

Baco, escultura de Forés. — El dios que la mitología griega denominó Dionisos y la romana Baco no personifica, como vulgarmente se cree, únicamente la vid y su licor, sino que personifica además, y de una manera más general, la savia húmeda de la tierra, su vida fecunda y exuberante, tal como se manifiesta a la llegada de la primavera en toda la vegetación. Partiendo de estos dos distintos conceptos, unos artistas,

al interpretar la personificación de esta divinidad, la han presentado como dios viril y barbudo, rodeado de sátiros y bacantes y entregado a las más desenfrenadas orgías; otros, en cambio, nos lo muestran como mancebo imberbe, de eterna y floreciente juventud, y de porte severo que contrasta con la idea que comúnmente se tiene de él formada. La escultura de Forés que reproducimos participa de ambas concepciones, pues si la figura de Baco responde a la segunda, su actitud, su aspecto de embriaguez, caen de lleno dentro de la primera, con lo cual resulta quizás más comprensible el doble modo de ser del personaje mitológico. Técnicamente la obra que nos ocupa es digna de los mayores elogios, pues al par que revela un perfecto conocimiento del desnudo, atrae por la corrección y severidad de la línea.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — En el salón restaurant de la *Maison Dorte*, magnífico establecimiento recientemente inaugurado, figuran adornando las paredes bellísimos lienzos pintados por Riquer, Vancells, Urgell, Rius, Gual y Ferrater, que representan paisajes y alegorías. No es esta la única nota artística que allí se admira, pues la decoración general de la casa es de un gusto delicado, predominando en todo el blanco y el oro, dentro del estilo Luis XV. Las obras han sido dirigidas por el notable arquitecto don Augusto Font.

VENECIA. — La reconstrucción del Campanile de Venecia ofrece mayores dificultades de lo que en un principio se creía. El arquitecto Beltrami ha dimitido el cargo de director de las obras y no

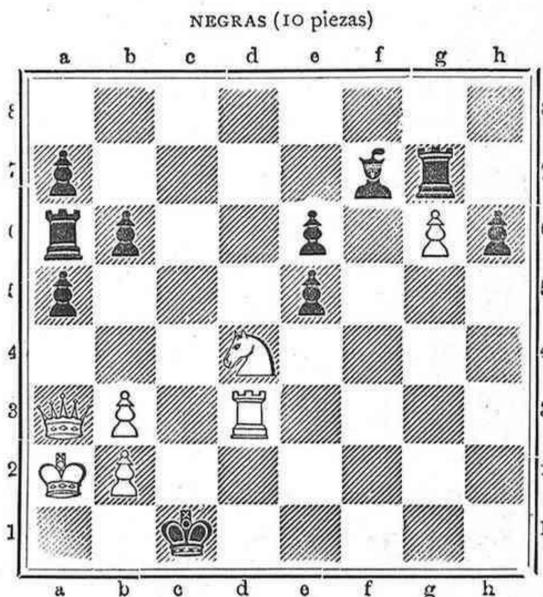
por motivos personales, como se había dicho, sino porque después de nuevas inspecciones practicadas en los cimientos, que fueron construídos para sostener una torre de 50 metros y no una de doble altura de ésta como la recientemente derrumbaba, se ha visto que la reedificación del Campanile exigía una cimentación más amplia que podría poner en peligro la antigua iglesia de San Marcos. Beltrami, pues, ha dimitido para no contraer la responsabilidad que supone la dirección de una obra en tales circunstancias. El Ayuntamiento de Venecia, decidido a llevar adelante la reconstrucción, piensa nombrar una comisión compuesta de varios técnicos para que estudien y resuelvan el difícil problema que tan inopinadamente se ha presentado.

Teatros. — Barcelona. — Como anunciamos en el número anterior, ha debutado en el teatro de la Granvía la eminente actriz Sra. Vitaliani, que ha sido objeto de sendas y grandes ovaciones en todas las obras hasta ahora representadas. En Novedades sigue cosechando abundantes aplausos la compañía de ópera que dirige el maestro Baratta y de la que han entrado a formar parte últimamente los notables artistas señora Bortalba y Sr. Utor.

Necrología. — Han fallecido: Menotti Garibaldi, general italiano, hijo de José Garibaldi, a cuyas órdenes combatió en Italia y en Francia. Juan Gude, notable paisista alemán, ex profesor de las academias de Düsseldorf, Karlsruhe y Berlín. Pablo Handler, pintor austriaco, profesor de la Academia de Viena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 337, POR M. FEIGL.



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 336, POR K. ERLIN.

- | | |
|-----------------|------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rg1-f1 | 1. Re3-e4 ó f4 |
| 2. Cd4-c2 jaque | 2. Re4-d5 ó f5 |
| 3. Cc2-e3 jaque | 3. Rd5 ó f5 x e6 |
| 4. Tc4-c6 mate. | |

VARIANTES.

- 2..... Rf4-g3; 3. Ac3-e1jaq., etc.
 1.... g5-g4; 2. Ce5-g6 jaq., Re3-d3; 3. Cg5-f4jaq., etc.
 1.... Ca1 juega; 2. Cd4-c2 mate.
 1.... Ch6 juega; 2. Cd4-f5 mate.

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- Tengo razones que me hacen prescindir de esas consideraciones cuya gravedad comprendo como usted, Sr. Pascalón.

- ¡El hogar paterno!..

Y de repente el notario se interrumpió. Le había ocurrido una idea, una sospecha. Pascalón sabía lo que hacía murmurar á toda la ciudad.

Reversay tenía unas relaciones en París. Unas relaciones casi públicas con una joven que no era una perdida y tampoco mujer de buena y honrada sociedad, pero costea- ba por los dos mares, se introducía en los salones donde no se mira la gente con microscopio y era implacablemente rechazada en los que se exige algo más que un vago estado civil procedente de alguna lejana Rusia ó de cualquier quimérica Polonia.

Aquella condesa de Fedor - condesa, sí, puesto que su casa estaba llena de coronas de nueve perlas, - aquella criatura verdaderamente hermosa, muy original y todavía más atrayente, de la que Reversay se había tardíamente enamorado; aquella esclava debía representar en la comedia de tales amores un papel tan hábil como complicado.

Reversay, con sus cincuenta años, no podía hacerse la ilusión de agradar á una joven de veintiocho, pero poseía una fortuna considerable y un nombre que sonaba bien.

Y esto bastaba para explicar el estado de sitio puesto por la condesa de Fedor á aquel enamorado quincuagenario.

Del brazo de Reversay podría entrar por todas las puertas que hasta ahora se le habían cerrado obstinadamente y pasaría de una vida de recursos problemáticos á una existencia de verdadero lujo y de sólida riqueza... Y el viejo notario empezó á explicárselo todo.

Aquello era la consecuencia del viaje que la condesa de Fedor había hecho á Grenoble, donde estaba todavía, en el primer hotel de la plaza de Grenette...

Sí, aquella mujer estaba allí hacía más de una semana, revolucionando la población con el lujo escandaloso de sus trajes... y recibiendo abiertamente á Reversay, que dejaba el coche en la puerta y se exhibía locamente... Allí estaba cuando ocurrió á Reversay el accidente de su coche, casi al salir de visitarla...

Y entonces se había atrevido á las más audaces excentricidades... A ir en persona á Biviers para pedir noticias, y á volver dos y tres veces...

¿Habría sido recibida por fin?... ¿Habría conseguido, acaso, llegar hasta el enfermo?

Y en ese caso, ¿habría surgido algún incidente entre la tal condesa y Andrea?... ¿Habría Reversay - todo era posible - anunciado á su hija algún absurdo y deplorable proyecto de casamiento?..

Pascalón no sabía nada, pero olfateaba todo esto y pensaba:

- Ahí está... Ese impulsivo - porque siempre lo ha sido y su padre se quejaba de ello, - ese apasionado se ha dejado embohar... Ha propuesto á esta pobre niña una madrastra cuyo contacto no puede ella admitir... Y quién sabe si al conocer esa aven-

tura se han retirado los Pontarede... Sí, eso es... Eso es, seguramente.

Y el notario dijo lanzando un suspiro, como si aquel escándalo le produjese una vergüenza personal:

- Los disentimientos de usted con su señor padre ¿son de los que no pueden desaparecer?

Andrea con una triste sonrisa, tengo entendido que adelantan dinero á sus clientes...

- ¿Cuánto quiere usted?

- Hay que tener en cuenta, ante todo, que mi existencia va á ser muy modesta. Mi fortuna, administrada con prudencia - y para esto cuento con us-

ted, - me asegura unos cuantos miles de francos de renta... ¿Cuánto, poco más ó menos?

- Empleando ese dinero en rentas seguras, sin fluctuaciones y sin riesgos, tendrá usted, próximamente, unos diez mil francos anuales.

- Necesito, pues, atenerme á ellos. En ese caso, adelanteme usted el primer trimestre, querido Sr. Pascalón.

El notario abrió un cajón de su escritorio.

- Dos mil quinientos... Aquí están, señorita.

- Gracias. Es usted el mejor de los hombres.

- Y que quería mucho á su abuelo de usted. ¡Ah! No me atrevo ya á compadecerle por estar muerto en estos momentos...

Pero Andrea no quiso seguir al notario por ese terreno, pues le interrumpió diciendo:

- Ahora debo, sin duda, llenar algunas formalidades...

- Sí.

El notario escribió unas líneas en papel sellado.

- Firmeme usted este poder... y este documento.

- ¿Qué más?

- Nada, por ahora. Pronto tendré el honor de escribir á usted... á Confláns, ¿verdad?

- Sí... Si cambio de dirección, usted será el primero en saberlo.

- Convenido, señorita de Reversay.

Andrea sintió un rubor repentino..., pero dijo resueltamente:

- Si me marchó de Confláns será para ir al Mediodía... No me encuentro bien de salud y es probable que este invierno vaya á buscar en las costas de la Provenza un poco de sol... y de soledad.

- Sí, señorita; está usted, en efecto, febril y descompuesta...

- Y entonces, continuó Andrea, tendré razones para no llevar ese nombre de Reversay, que pudiera exponerme á curiosidades..., á indiscreciones...

«Comprendo, pensó el notario; si la nueva señora de Reversay quisiera ir á pasearse por aquel lado...»

Y añadió moviendo la cabeza:

- Entonces ¿á qué nombre debo escribir á usted?

- Señorita Andrea Rival... También me llamo así...

- Cierto, puesto que es usted Rival de Lanceroy por su madre.

Y repitió: «Andrea Rival,» al tomar nota en una agenda.

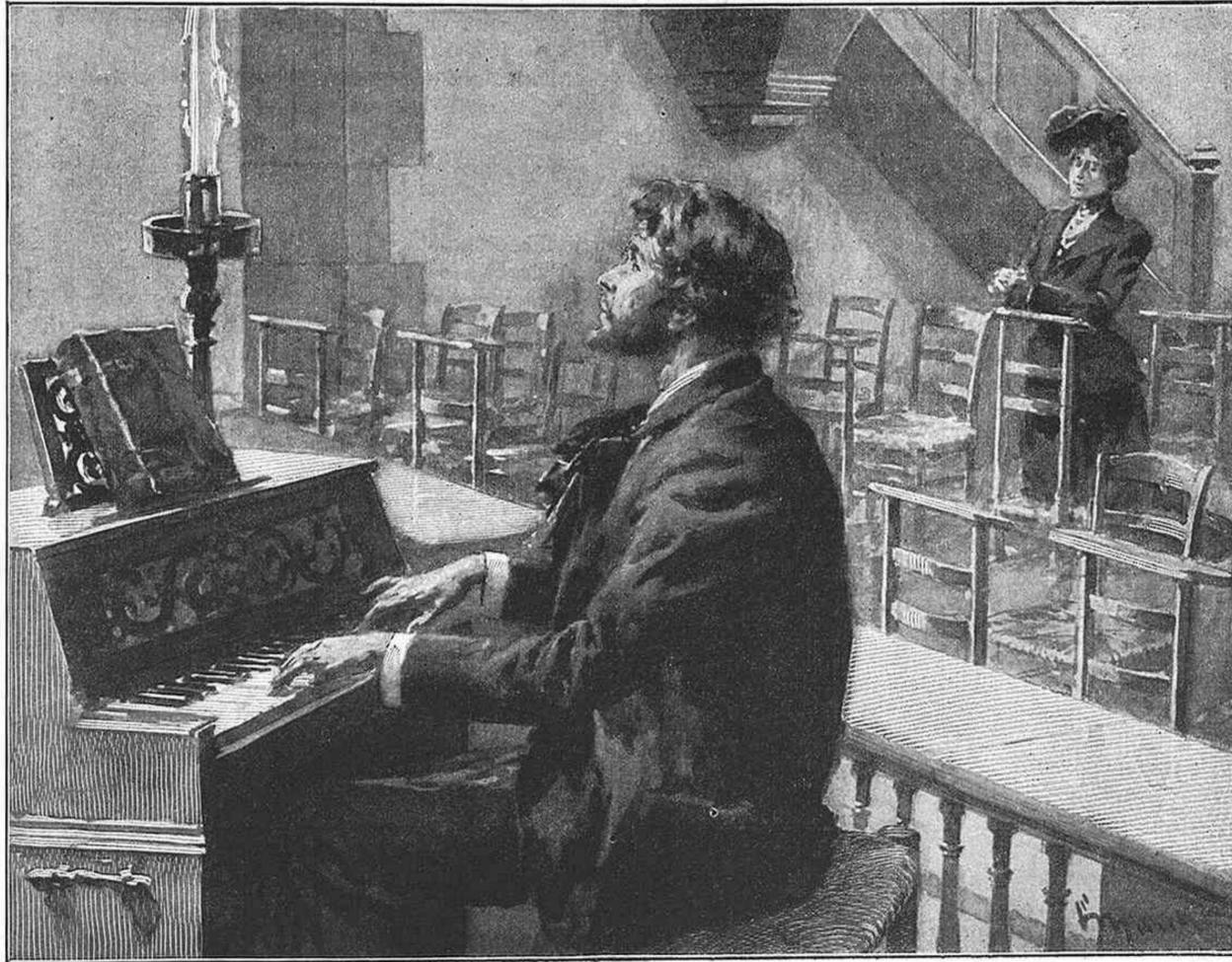
- Todo se hará como usted desea, señorita.

- Y yo le guardaré un profundo agradecimiento por todo lo que hace y por todo lo que hará usted por mí, dijo la joven con profunda emoción.

El anciano, también conmovido, respondió:

- Ahora, valor, hija mía... ¿Me permite usted que la llame así?

Andrea le ofreció las dos manos.



No había en ella más que un hombre sentado al armonio

- No creo que desaparezcan... Pero, de todos modos, mientras duren...

- Sin embargo..., no puedo creer todavía... Tengo miedo de adivinar y no quiero insistir, temiendo aumentar sus penas de usted con el anuncio de otras nuevas... Con todo, si usted cree que algún paso mío... Por la nieta del presidente Reversay estoy dispuesto á hacerlo todo...

- Sería inútil. Gracias, querido Sr. Pascalón. Pero no hay paso alguno que dar cerca de mi padre.

- ¿Ha significado alguna resolución definitiva?

- Sí.

- Y las visitas que ha recibido estos días... de una persona... que es inútil nombrar, ¿son extrañas á esa resolución?

Andrea le miró con sus ojos negros, interrogadores, pero no sorprendidos.

Sí, había comprendido... Aquella frase, aquella abominable frase que había sido la última de su padre... Sí, ahora comprendía lo que quería decir y lo que sospechaba el notario.

¿Quién sabía si Pascalón no hacía más que anticiparse á una verdad de mañana?

Andrea, sin responder, dió un profundo suspiro, mientras el anciano decía tristemente:

- No insisto, señorita. ¿Me encarga usted que pida á su padre su cuenta de tutela?

- Sí, Sr. Pascalón.

- Así lo haré. ¿Dónde piensa usted residir?

- Por de pronto, en el convento de Confláns.

- ¿En el Sagrado Corazón?

- Sí, allí esperaré que todo esté liquidado.

- No tardará mucho. La cosa es muy sencilla y, sobre todo, muy clara. ¿Cuándo se marcha usted?

- Hoy mismo.

- ¿No vuelve usted á Biviers?

- No.

- Pero... ¿tiene usted dinero?

- Vengo á pedirselo á usted. Los notarios, dijo

Y al acompañarla hasta la puerta, los dos atravesaron el estudio, en donde los dependientes se pusieron á escribir con ejemplar ardor.

VII

El tren que recorre la orilla del mar desde San Rafael se detuvo en Boulouris, pequeña estación que parece surgir de una canastilla de geranios rosa. Cinco minutos después se oyó gritar: «¡Agay!, ¡Agay!», y Andrea bajó del vagón.

El tren volvió á ponerse en marcha, hundiendo su penacho de humo en las asperezas de aquel rojo Esterel que levanta sus ardientes rocas sobre los bosques de pinos marítimos.

Andrea se quedó en el andén llena de asombro y de angustia al verse sola enfrente de la inmensa bahía dormida, en la que se balanceaban las tartanas esperando el viento favorable que debía hinchar sus grandes velas latinas para dispersarlas en el horizonte como una bandada de blancos pájaros. A lo lejos, al Este, se reflejaba en la bahía un viejo castillo acurrucado sobre sus viejos baluartes. Dos ó tres casas blancas daban en la playa su nota vibrante, y enteramente en la orilla del mar se veían dos ó tres cabañas de pescadores. Al Oeste había un hotel con su muestra en grandes letras negras. Y esto era todo lo que aparecía á primera vista. Andrea pensó:

— Es, pues, en esta comarca... Acaso muy cerca de aquí... ¿Pero dónde?

Sí, allí vivían los que Andrea iba á buscar. ¿Para qué?... ¿Acaso lo sabía ella misma?

La joven había obedecido á un impulso más fuerte que su voluntad... Había querido ver de cerca á los que la mala acción, que le hacía avergonzarse como si fuera suya, había condenado á una vida que no debieron conocer. Nunca se había podido librar de aquel violento deseo que la perseguía desde que salió de casa de su padre.

Allá, en Confláns, en aquel convento del Sagrado Corazón, donde le habían hecho tan dulce y cariñosa acogida..., allí, donde en seguida la habían recibido como á una hermana entristecida y desanimada..., allí, donde se había contentado, sin embargo, con decir á la superiora: «Madre, me domina una gran pena y vengo á refugiarme en la oración...», allí, donde la anciana religiosa le había respondido: «Rece usted, hija mía; también nosotras rogaremos por usted...» en aquel asilo de paz Andrea había tratado de combatir ese deseo tan ardiente y había pensado: «¿Qué vas á hacer allí?... ¿Qué alivio puedes proporcionar á aquellos desgraciados?... Ninguno, ni siquiera el de ofrecerles el óbolo de lo que te pertenece..., porque si arriesgases el hacerles sospechar solamente la verdad, harías traición al que no debes juzgar ni condenar... Eso sería denunciar al hombre cuya deformidad moral tienes el deber de ocultar... ¿Qué hacer entonces?»

Y, sin embargo, estaba allí.

Después de haber realizado su último, su más cruel sacrificio al escribir aquella horrible y abominable carta á Julián de Ponterede para devolverle su palabra y decirle: «Suplico á usted que no me escriba. Mi resolución es irrevocable y la respuesta de usted no puede cambiarla... Usted sufriría al escribirla y yo tendría que devolvérsela sin leerla...», después de haber saboreado el amargo cáliz, pues se saborea el dolor como la alegría, Andrea no había podido resistir más.

Su deseo se convertía en una obsesión y la joven se marchó diciendo á las que le habían dado asilo: — Volveré sin duda y acaso para siempre... Pero antes quiero llevar á cabo una última prueba...

Y allí estaba, sola en la pequeña estación, ante la inmensa rada dormida... Porque, fuera de algunos escasos viajeros que buscan la soledad y la calma, se detiene muy poca gente en aquel estrecho valle de Agay, que es como una puerta que conduce al trágico Esterel. Aquel día no bajó nadie del tren al mismo tiempo que la pálida joven cuya mirada interrogaba á aquel país desconocido.

Era preciso, con todo, informarse...

Y Andrea se dirigió al jefe de estación que, plácido y sonriente, se aproximaba á su única viajera.

— La aldea de Agay, caballero, ¿está lejos de la estación?

El jefe se echó á reír francamente.

— ¿Agay? Le está usted viendo entero desde aquí. Agay es la estación, el hotel, esas tres casas de campo entre los pinos, esas cuatro cabañas en la playa, una capillita allá, entre los grandes eucaliptos, y al lado esas casitas bajas que forman un cuadrado alrededor de una columna y que son el cuartel de nuestros cinco carabineros... Todo ello representa unos cuarenta habitantes..., sin contar,

naturalmente, los forasteros. Pero esos están todos en el hotel.

Andrea tuvo casi miedo de haber sido mal informada.

— ¿No hay también en esas casas algunos forasteros?

— En efecto, esas casas se alquilan para la temporada, pero ahora están vacías.

— ¿Todas?

— Al menos las que están para alquilar.

— ¿Las hay, entonces, habitadas?

— Una sola... Mire usted..., allí, en la playa..., aquella casita...

— ¿Al lado de una cabaña?

— Sí. Esa casita está habitada por una familia que vive en ella todo el año.

— ¡Ah! ¿También el verano?

— El verano es muy agradable aquí, á causa de la brisa del mar... Los forasteros no lo saben... Y unas personas retiradas, como esas, que viven muy sencillamente y tienen con ellas un joven imposibilitado, no pueden menos de encontrarse aquí muy bien.

Sí, Andrea había comprendido y su corazón latía apresuradamente... Allí estaban... Y con una mirada ardiente tomó posesión de aquella pobre morada.

Porque aquello no se parecía á esos palacios que brotan en la Costa Azul como flores de mármol. Más bien se asemejaba á una casa de campesinos, con algunas más comodidades gracias á un comprador aficionado á un poco de bienestar.

La casa tenía un piso y una planta baja sombreada por una especie de galería rústica formada por cuatro pilares de fábrica, en los que se apoyaba un tejadillo de cañas de la Provenza, esas grandes cañas amarillas que defienden tan mal de la lluvia y tan bien del sol.

La morada se apoyaba en uno de los estribos del Esterel, que se sumerge bruscamente en el mar á cincuenta metros de la orilla.

El jardín, de mimosas, se extendía hasta el camino que costea la rada, y bajo la sombra de los árboles de un verdor argentino, se veía una especie de parra de verde más obscuro que cubría un pozo, cuyo brocal estaba blanqueado por grandes guirnalidas de pasionaria.

Y aquí y allí, un poco en todas partes, unos cuantos cuadros de huerta, que probaban la completa supremacía que allí tenía lo útil sobre lo agradable.

Al otro lado del camino, y casi al lado del agua, había una cabaña muy baja y como aplastada en la arena, y delante de ella una lancha pintada de azul pálido, que parecía dormir acostada sobre una de sus bandas.

Cuando Andrea vió todo esto, dió un voluntario y débil suspiro. Y dijo en seguida al jefe de estación:

— ¿Cómo debo arreglarme para llevar mi equipaje al hotel?

— Vendrá á buscarle el mozo.

— Entonces no tengo más que ir...

— Y como usted ve, no está lejos.

El hotel estaba muy cerca, en efecto, y la joven se instaló en él con el nombre de Andrea Rival, que tomaba por primera vez... La dueña del hotel la condujo á uno de los cuartos que daban á la bahía y que recibía los rayos del sol naciente.

— Estoy algo enferma, dijo Andrea, y vengo á descansar aquí...

Y aquella mujer, una hermosa criatura de ojos azules aterciopelados, heredados de los sarracenos que fueron por tanto tiempo dueños de aquella costa, respondió:

— Es verdad que tiene usted un aspecto de fatiga, señorita; pero aquí se repondrá pronto. Tenemos muy buen aire y se está bien en este pueblo para vivir como se quiere...

Sí, era aquel un rincón tranquilo y discreto.

En cuanto estuvo sumariamente instalada en aquel cuarto de hotel, Andrea salió.

Su primer pensamiento había sido para la capilla oculta en un bosque de eucaliptos mucho más altos que ella, pero en la que Andrea creía que la oración llegaría lo mismo que en las grandes catedrales hasta aquel que da la fuerza y el valor.

Al llegar oyó unos acordes lentos y graves. ¿Un órgano?... No, seguramente. Allí no podía haber más que un armonio, y su sonido no era siquiera de los más agradables... Había, pues, gente en la capilla... Acaso se celebraba alguna ceremonia... La joven tuvo intenciones de volverse; sin embargo, empujó la puerta, dió un paso... y se detuvo sorprendida.

La capilla estaba vacía. No había en ella más que un hombre sentado al armonio en el rincón de

la izquierda, cerca del altar. Un joven, tan absorto en su música, que no pareció darse cuenta de que llegaba una oyente.

Es verdad que Andrea había hecho muy poco ruido y se había arrodillado discretamente en una silla, al lado de la puerta.

El hombre seguía tocando y la joven conoció en seguida una frase de Schumann, pero que era tan sólo un tema sobre el cual dejaba el músico desarrollarse su fantasía, aún más melancólica que la frase del maestro alemán.

Y aquella fantasía le arrebató á un mundo lejano de recuerdos y acaso de visiones, pues levantaba los ojos hacia la ventana, que arrojaba sobre su cara la cruda claridad de aquel país sin brumas y se veía distintamente que su pensamiento y su mirada estaban ausentes de aquel sitio.

Sí, era joven. Su cara bronceada y como quemada por el sol estaba embellecida por una expresión de tristeza, acaso pasajera. Su barba oscura servía de marco á una boca fina y altanera. Su frente, que debía ser ancha, desaparecía casi bajo su cabello muy negro y un poco largo. Y sus ojos, aquellos ojos que todavía no habían mirado á Andrea, se abrían rasgados y profundos bajo el reflejo de la luz que hacía brillar su esmalte azulado.

¿Qué aspecto tenía? ¿Qué estatura?... La joven no podía verlo.

Andrea no rezaba por escuchar aquella voz del armonio, que parecía expresar el pensamiento triste y fatigado del desconocido, y se estaba allí, atenta y como dominada por un malestar misterioso. ¿Por qué?... La joven se lo estaba preguntando y casi reprochándose, cuando el músico se interrumpió de repente en medio de una frase, dió un largo y doloroso suspiro y cerró bruscamente el armonio, cuya tapa chocó con vibración sonora y prolongada.

Después cogió un sobrero de paja y un bastón de cayada que estaban á su lado y se levantó para salir.

Era alto y de aspecto elegante, á pesar de su expresión de cansancio y de su traje descuidado.

Y apoyándose en el grueso bastón, que sonaba en las losas á cada uno de sus pasos, se dirigió un poco torpemente hacia la puerta.

Andrea le miraba de reojo con ese extraño interés de que ella misma se asombraba.

El desconocido pasó á su lado, pero tampoco pareció darse cuenta de su presencia.

Al llegar á la puerta hizo un ademán inesperado. Pareció que trataba de cerciorarse con el bastón de que la mampara estaba allí..., muy cerca de él..., y sólo cuando estuvo seguro la empujó para salir.

Andrea tuvo como una corazonada, salió detrás de él, y dirigiéndose á un carabinero que estaba rastrellando su jardinillo en el sendero de la iglesia, le preguntó:

— ¿Ha visto usted á la persona que acaba de pasar?

— Sí, es el ciego.

— ¿Sabe usted su nombre?

— ¡Pardiez! El Sr. Beraud... Nosotros tenemos la costumbre de llamarle Sr. Noel.

* * *

Noel... Noel Beraud... Era él.

Era el artista que después de la catástrofe había recogido á su madre y á su hermano menor..., que había querido atender largamente á las necesidades de todos á fuerza de un trabajo mortífero..., y se había quedado ciego á los veinticinco años, ciego, imposibilitado y vacilante, como un niño que aventura sus primeros pasos.

Sí, Andrea sabía todo esto. El mismo Julián de Pontarede se lo contó el día de la horrible revelación que la había dejado huérfana al alejarla para siempre de su padre, y viuda al hacer imposible su casamiento con el hombre amado.

Sí, sabía que Noel Beraud estaba ciego y esperaba encontrarle desde luego. Pero aquella aparición casual, repentina y extraordinaria, inspiró á la joven una compasión indecible. ¡Pobre muchacho, á quien tal desgracia no había podido afeár!

Hay, en efecto, ciegos que dan horror con aquellos ojos sin mirada y demasiado claros, con su andar vacilante y con aquellas manos extendidas que parecen implorar la caridad de un sostén... Pero aquel... Era preciso saber su ceguera para advertirla. Apenas Andrea había tenido en la iglesia una sospecha, un presentimiento.

Si el carabinero hubiera respondido á su pregunta: «Es el Sr. Fulano, que es distraído y está preocupado», Andrea no hubiera sospechado que aquellos ojos de reflejos azulados de acero se paseaban sin vista por el mundo.

La joven seguía exclamando: «¡Pobre, pobre mu- chacho!» cuando volvió al hotel muy pensativa... y tan preocupada, que no se dió cuenta de que se le había olvidado rezar...

VIII

Durante los primeros días, Andrea trató de adqui- rir noticias. ¡Dios mío! ¡Cuánto más difícil le parecía su misión de cerca que de lejos!

¡Interrogar, en un país donde no hay más que cuarenta habitan- tes, que necesariamente se conocen todos! ¡Qué dificultad para una jo- ven sola, mirada con un poco de asombro y de desconfianza!.. ¡Qué peligro para ella, que pretendía no ser allí más que Andrea Rivall..

Pero aquella playa de Agay, en la que las olas van á quebrarse dulce- mente en la rojiza are- na; aquella playa, en la que las dunas movedizas se cubren, á pocos pa- sos del agua, de adelfas llenas de capullos pur- purinos que serán flores en junio; aquella playa es un paseo obligado para los invernales á quienes atrae la rústica grandiosidad del Estel- rel y que van á ver ale- jarse los barcos pesca- dores ó arribar las tar- tanas y las goletas que acostumbran anclar en la rada.

Casi siempre hay allí algún pintor tomando apuntes de aquellas lu- ces verdes, azules ó ro- jizas, y á nadie le extra- ñó el ver á la nueva in- quilina del hotel de Agay, tan sencillamente vestida y tan linda con su traje obscuro, mane- jando el lápiz ó pintan- do acuarelas como tan- tos otros. Andrea tomó la costumbre de insta- larse cerca de aquella cabaña baja..., como aplastada en la arena, en la que un pescador viejo se ocupaba duran- te el día en remendar redes ó en montar algún aparejo de pesca.

Aquel pescador, muy cumplimentero como to- dos los viejos, se acos- tumbró á dar los buenos días á Andrea cuando la veía aparecer.

Y la joven, que supo en seguida su nombre, le respondía amable- mente: «Buenos los tenga usted, Sr. Cauvain.» El buen hombre le dijo un día:

— Me hace usted mucho honor, señorita, llámán- dome «señor,» como si yo fuera un capitalista. Aquí me llama todo el mundo Mario..., el tío Mario...

Y dejando de trabajar, con la lanzadera levanta- da, añadió:

— Es que ya no soy joven... Tengo una hija que no es una niña.

— ¿Está con usted?

— No; mi mujer basta para hacer la sopa. Cristi- na está en casa de la señora de Beraud.

— ¿La señora de Beraud?, repitió Andrea hacien- do un esfuerzo para permanecer impasible.

— Sí, la señora que vive allí, al otro lado del ca- mino.

Y el viejo añadió, muy contento por tener ocasión de charlar:

— No está allí por lo que gana, pues si quisiera

le darían dos ó tres veces más en otra parte. Es asombroso lo que se paga en Cannes á una mucha- cha que conoce el servicio... Pero ahí verá usted, éramos casi amigos de aquel pobre Sr. Beraud..., un buen sujeto. Siempre son éstos los que se van los primeros.

— ¿Ha muerto?

— ¡Ah! Aquello fué una compasión... En la rada

el aire y bañándose en el mar. ¡Cómo le gustaba la pesca á aquel hombre! Y para ser justo, hay que confesar que la conocía casi como nosotros, que la tenemos por oficio. Entonces, como mi cabaña per- tenecía al lote que se puso á la venta, Beraud fué mi casero... Un casero muy chusco, pues jamás vió el color de mi dinero... El era, el pobre, el que te- nía siempre la mano en el bolsillo... «Toma, Mario, para unos remos... To- ma, para que pongas vela nueva...» Yo le guardaba la casa quan- do no estaban ahí, le arreglaba el jardín y se lo regaba durante los calores... Como usted comprende, sigo hacién- dolo, ahora que la viu- da vive aquí todo el año y no puede tirar el dine- ro por las ventanas.

— Habla usted de la viuda y de...
— Y de sus hijos. Di- cen bien que una des- gracia no viene nunca sola. Cuando murió Be- raud dejándolos en la miseria, pareció sin em- bargo que todo iba á arreglarse, pues el hijo mayor, Noel, era un artista de mérito que ganaba para todos... ¿Querrá usted creer que se quedó ciego?... Ciego está, señorita, por haber trabajado demasiado en obras muy minuciosas que le gastaron la vista.

— ¿Completamente ciego?
— Completamente. Empezaron por consul- tar á todo el mundo, y la mitad de su escaso dinero se fué en cuentas de médicos y de medi- cinas. Nada sirvió. Está ciego y no curará nun- ca. Entonces tuvieron que venirse á vivir en esta casa, que habían conservado porque, gra- cias á su poco valor, se la dieron en la liquida- ción por un pedazo de pan. Con la poca renta que les queda viven ahí pobrememente, pero, en fin, tienen buen aire.

— ¡Estarán muy es- trechos!
— No lo crea usted. La casa es más grande de lo que parece. Y después no son más que dos: la señora y Noel, pues el pequeño, Mau- ricio, trabaja en una ofi- cina de Niza. Cristina, que es mi chica, no ocupa mucho lugar, y en el piso de arriba hay tres buenas habitacio- nes, lo que les basta, aun estando aquí Mau- ricio. De manera que no se sirven de la gran habi- tación del piso bajo, al lado del comedor, que era donde dormía Beraud para no despertar á nadie por la mañana cuando íbamos á la pesca antes de salir el sol.

— ¡Ah!., exclamó Andrea muy pensativa.

Y pasó por su mente una idea, mientras el pesca- dor se ponía de nuevo á remendar las mallas rojas de sus redes.

Acaso había un medio de entrar en aquella triste casa; al principio, como entraría un huésped que proporcionase un poco de bienestar, y después co- mo una discreta y verdadera amiga, para llegar á ser una de esas hadas que, bajo las apariencias más humildes, velan sobre la vivienda que protegen, apartan de ella todos los peligros y emplean en eso todo su poder y toda su voluntad.

(Continuará.)



Aquí me llama todo el mundo Mario..., el tío Mario

de Tolón, señorita, al acercarse á un navío que era suyo... Una mala maniobra... Beraud estaba en pie en la popa del bote y cayó al agua... No le encon- traron hasta dos horas después, enganchado en un clavo, debajo de la quilla del buque. Puede usted pensar si estaba muerto... ¡Qué desgracia!.. ¡Un hombre de tanta capacidad y que estaba á punto de ganar una gran fortuna!.. A su muerte no dejó á su viuda más que los ojos para llorarle y ninguna ren- ta... ¡Pobre mujer!

— ¡Sí, pobre mujer!, repitió Andrea, mientras el tío Mario proseguía, preocupado por su narración:

— Seguramente que es digna de lástima, porque no es fácil encontrar un hombre como aquel... No era más orgulloso conmigo que si hubiéramos sido marineros juntos. Había comprado esta casa para venir á pescar de vez en cuando en el buen tiempo, cuando podía escaparse dos ó tres días para abrazar á su mujer y á sus hijos, que estaban aquí tomando

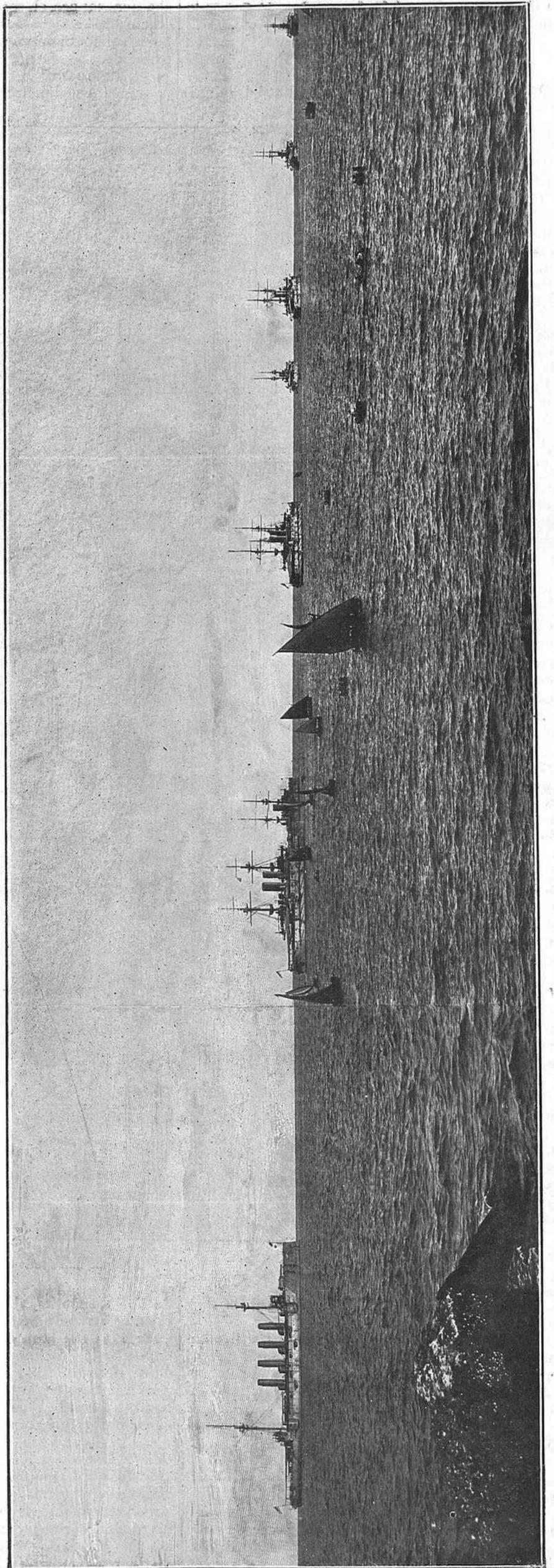
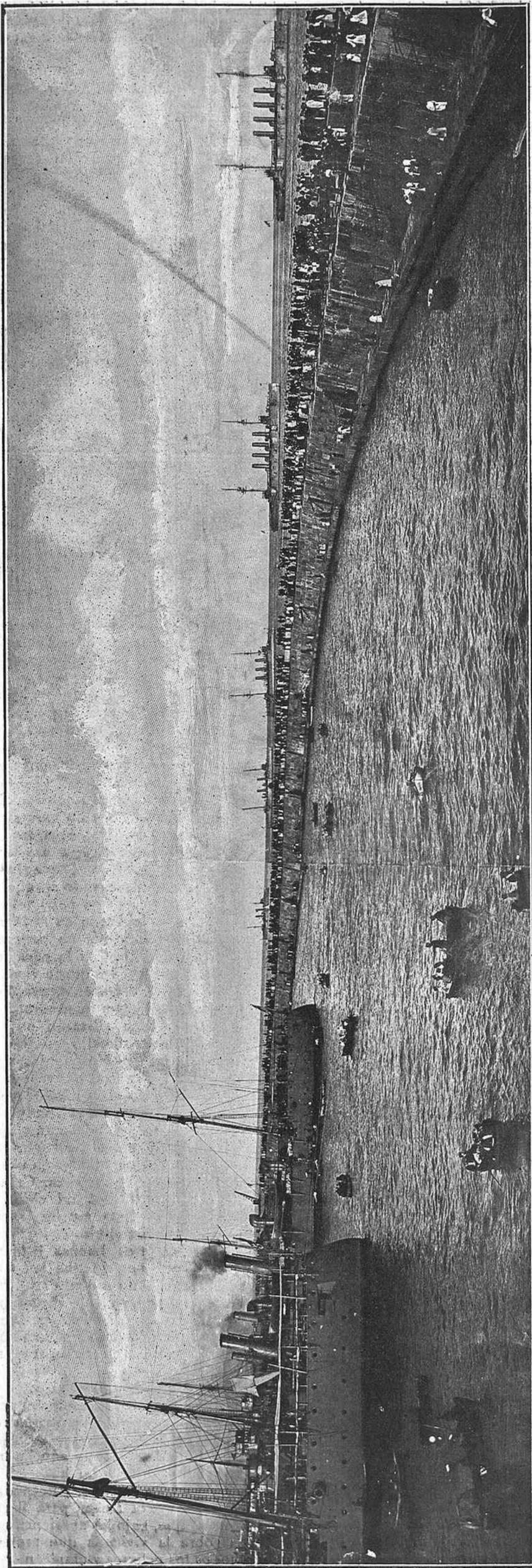
el sol.

— ¡Ah!., exclamó Andrea muy pensativa.

Y pasó por su mente una idea, mientras el pesca- dor se ponía de nuevo á remendar las mallas rojas de sus redes.

Acaso había un medio de entrar en aquella triste casa; al principio, como entraría un huésped que proporcionase un poco de bienestar, y después co- mo una discreta y verdadera amiga, para llegar á ser una de esas hadas que, bajo las apariencias más humildes, velan sobre la vivienda que protegen, apartan de ella todos los peligros y emplean en eso todo su poder y toda su voluntad.

(Continuará.)



LA ESCUADRA INGLESA DEL MEDITERRÁNEO EN BARCELONA (de fotografías de D. Adolfo Mas)

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA

Durante algunos días ha permanecido en estas aguas la escuadra inglesa del Mediterráneo mandada por el almirante sir Compton-Domville y compuesta de once acorazados, diez y seis cruceros, diez y ocho torpederos, un aviso, un buque transporte y un buque hospital.

Los once acorazados son: el *Bulwark*, que ostenta la insignia de almirante, desplaza 15.000 toneladas y lleva 850 tripulantes; el *Irresistible*, el *Venerable*, el *Implacable* y el *Formidable*, que desplazan 15.000 toneladas y llevan 750 tripulantes cada uno; el *Russell*, el *Repulse* y el *Exmouth*, de 14.000 toneladas con 550, 730 y 750 tripulantes cada uno respectivamente; el *Illustrious*, de 14.900 toneladas con 760 tripulantes, y el *Renown*, de 12.400 toneladas con 670 tripulantes.

Los diez y seis cruceros son: el *Bachante*, que ostenta la insignia del contraalmirante sir Baldwin Walker, de 12.500 toneladas, 21.000 caballos de fuerza, 21 millas de velocidad, 33 cañones y 750 tripulantes; el *Aboukir*, de iguales tonelaje, fuerza, velocidad, armamento y tripulación que el anterior; el *Gladiator*, de 6.500 toneladas, 10.000 caballos de fuerza, 19 millas de velocidad, 18 cañones y 500 tripulantes; el *Hermione*, de 4.360 toneladas, 9.040 caballos, 14 millas de velocidad, 19 cañones, cuatro ametralladoras y 314 tripulantes; el *Intrepid*, de 3.600 toneladas, 9.700 caballos de fuerza, 17 cañones, cuatro ametralladoras y 273 tripulantes; el *Pegasus*, de 2.135 toneladas, 7.000 caballos de fuerza, con 16 cañones, tres ametralladoras y 225 tripulantes; el *Pioneer* y el *Pryamus*, iguales al anterior; el *Doryad*, de 800 toneladas, con 58 tripulantes; el *Good Hope* y el *Drake*, de 14.100 toneladas, con 18 cañones y 852 tripulantes cada uno; el *Kent*, de 9.800 toneladas, con 14 cañones y 648 tripulantes; el *Minerva*, de 5.600 toneladas, con 11 cañones y

450 tripulantes; el *Medea*, de 2.800 toneladas, con seis cañones y 300 toneladas; el *Medusa*, igual al anterior; y el *Rainbow*, de 3.600 toneladas, con ocho cañones y 273 tripulantes.

Los diez y ocho torpederos son: el *Locust*, el *Seal*, el *Griffon*, el *Mellard*, el *Bat*, el *Thraser*, el *Albatros*, el *Banshec*, el *Cynthia*, el *Myrmidon*, el *Boxer*, el *Flying-Fish*, el *Stag*, el *Kangaroo*, el *Faul*, el *Ariel*, el *Bomizer* y el *Crane*. Todos son de 300 toneladas, y llevan unos 60 tripulantes cada uno, excepto el *Albatros*, cuyo tonelaje es de 320 y cuya tripulación se compone de 105 hombres.

Acompañaban a la escuadra, como hemos dicho, un aviso, el *Surprise*, de 1.230 toneladas con 110 tripulantes; un buque transporte, el *Tyne*, de 3.060 toneladas con 100 tripulantes; y un buque hospital, el *Maine*, de 3.600 toneladas con 90 tripulantes.

El aspecto que ofrecían el puerto, el antepuerto y la rada era realmente grandioso, habiendo sido inmensa la concurrencia del público que desde las escolleras ó á bordo de vaporcitos y lanchas contemplaban aquellas formidables máquinas de guerra que constituyen la flota sin duda alguna más poderosa de cuantas surcan el Mediterráneo.

Durante la estancia de la escuadra en estas aguas, el almirante, los contraalmirantes y los jefes y oficiales de la escuadra han sido objeto de varios obsequios por parte de las autoridades de esta capital.

El capitán general dió en su honor una comida de gala á la que asistieron el almirante sir Compton-Domville, el contraalmirante Constance, los capitanes de navío Winsloe, Prothers, Watten, Farghar, Cradock, Hendersen, Hamilton, Callaghan, Lillard y Patey, los tenientes Inne y Kerr, el gobernador civil, el alcalde, el cónsul inglés, el comandante de Marina, el presidente de la Diputación y el de la Audiencia, y el general Sr. Castellví.

El Ayuntamiento, con muy buen acierto, dispuso una excursión al Tibidabo en la que tomaron parte

el almirante, los contraalmirantes, varios jefes y oficiales, las autoridades, representantes del cuerpo consular, varios concejales, diputados provinciales, senadores é individuos de la prensa. En el gran salón del restaurant, adornado con sumo gusto, sirvióse un exquisito almuerzo á cuyo final el alcalde y el almirante pronunciaron sendos brindis, el primero por el rey Eduardo VII y por la unión cada vez más íntima entre Inglaterra y España, y el segundo por España, por el rey D. Alfonso XIII, por el alcalde y por Barcelona, «ciudad industriosa y hospitalaria — dijo, — de la que guardaré perdurable recuerdo.» Esta fiesta, perfectamente organizada, impresionó muy gratamente á los marinos ingleses, quienes quedaron encantados de la belleza del sitio y de la magnificencia del panorama que desde él se descubre.

En justa correspondencia á estos obsequios, el almirante obsequió á las autoridades barcelonesas con un espléndido banquete á bordo del *Bulwark*.

No terminaremos esta breve reseña sin mencionar la visita que á nuestro Ayuntamiento hizo sir Compton-Domville acompañado de algunos jefes y oficiales á sus órdenes, hecho que honra mucho á nuestra capital, si se tiene en cuenta que, según manifestó el propio almirante, es ésta la primera corporación municipal que visita oficialmente. A lo que parece, el jefe de la escuadra no ha de visitar más que á las autoridades marítimas y militares, pero sir Compton-Domville quiso hacer, tales fueron sus palabras, una excepción en favor de Barcelona, en vista de la gran importancia que tiene esta ciudad, á la que no conocía y á la que considera muy superior á muchas de otras naciones que tienen más renombre.

Barcelona conservará grato recuerdo de la estancia de los marinos ingleses, y espera que igualmente grato será el que guardarán de su permanencia entre nosotros los que por unos días han sido nuestros huéspedes. — R.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co. B. St-Denis, 14

ENFERMEDADES de la PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc.,
 se curan con el Rob Boyveau-Laffeur
 célebre purgativo vegetal pres-
 crito por todos los medicos. Para
 evitar las falsificaciones ineficaces,
 exigir el legitimo. Todas Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO AROUD
CLOROSIS
CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.
 CLIN y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, REÍARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

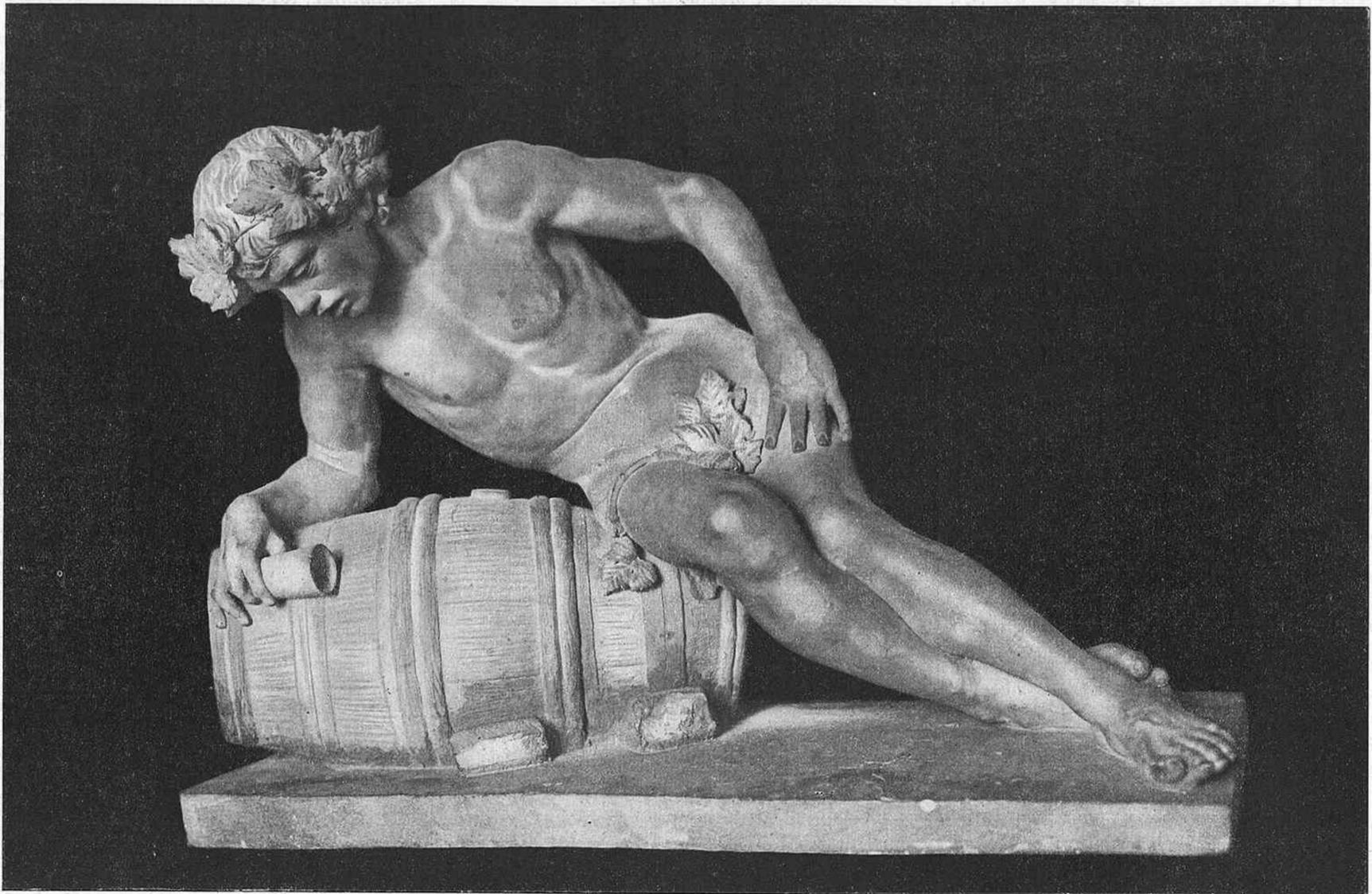
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curada por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-
 tación que produce el Tabaco, y especialmente
 á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emision de la voz. — PRECIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las Afecciones del
 pecho, Catarros, Mal de gar-
 ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
 Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.



Baco, escultura de Forés

HARINA LACTEADA.
Alimento completo

NESTLÉ para

NIÑOS y ANCIANOS.

Contiene la Leche pura de Suiza.

AGUA LEHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN